

ÉPOCA 4.<sup>a</sup> — AÑO XI. — TOMO IX.

NÚMERO 9 — Madrid 25 de Marzo de 1886.

NÚMERO SUELTO, DOS REALES.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	16 rs.
Seis meses.....	30 "
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 ps. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD  
DEL ASILO DE HUÉRFANOS  
DEL  
SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 "

## SUMARIO

TENTO. — *La Decena*, por Blas. — *Crónica universal*, por X. — *Carta de Roma*, por D. J. M. — *Los grabados*. — *La Iglesia y la civilización*, por D. Eduardo Egea Sánchez. — *El ciprés*, por D. Teodoro Peña Fernández. — *¡Chist!* (conclusión), por Luis Coloma S. J. — *El telégrafo en Londres*. — *Robespierre* (continuación), por D. Ceferino Suárez Bravo. — *Cultivo y aplicaciones del ramio*. — *Etnografía* (conclusión). — *Conocimientos útiles*. — *Miscelánea*. — *Advertencias*.  
GRABADOS. — *Vista interior de San Miguel de Escalada*. — *Espada, casco y escudo de Francisco I, rey de Francia*. — *Un buen maestro*. — *Doctor Luis Windthorst*.

## LA DECENA



ABEN mis lectores, por lastimosa experiencia, cuán pobre y limitada es mi cocina literaria y cuán vulgares y aun trasnochados los platos que acostumbro servirles.

Si esto sucede en las épocas normales del año, en que es lícito mezclar en una misma comida carnes y pescados, figúrense ustedes cuáles serán mis apuros en plena Cuaresma.

Sólo me queda el consuelo de que, buenos ó malos, mis guisos están destinados exclusivamente á parroquianos católicos que, por el hecho de serlo, vienen ya familiarizados con los ayunos corporales prescritos por la Iglesia, y tienen, por consiguiente, mucho adelantado para soportar, sin quejarse, los ayunos intelectuales, á cuyo género pertenecen los que yo les impongo con mis revistas.

Precisamente hoy es un día en que nada tengo preparado en mi despensa, y sólo puedo ofrecerles algunos fiambres, tan propios de este tiempo de mortificación, que, aun cuando se tomen en gran cantidad, no harán perder el ayuno á mis comensales.

Y para no ir á buscarlos más lejos, aquí tengo ya materia (*parvidad de materia*, dicen los teólogos) para el desayuno: hablaré de los ayunos para hacer boca, como vulgarmente se dice.

\*\*

No me propongo invadir un campo que no es el mío declamando contra la inobservancia, cada día más generalizada, de los preceptos católicos y muy principalmente del que se relaciona con el asunto que se me ha venido á la pluma. Ni tengo ínfulas de predicador, ni la modesta poltrona de vaqueta desde que me dirijo al público está á bastante altura para que pudiera llegar mi voz cascada á los oídos de los pecadores.

Sólo quiero consignar á la buena de Dios, y con la llaneza que es en mí ingénita, algunas ligeras observaciones que me vayan ocurriendo sobre el asunto.

La primera que se viene á mi memoria es la que hago los viernes de Cuaresma cuando doy mi paseo matinal por las calles de Madrid. Todas las tiendas y puestos de carnes están tan concurridos de compradores como en los días ordinarios.

Como los viejos somos tan curiosos, tuve el viernes último el capricho de entrar en la *expendeduría* (que así se llama) donde mi criado Roque compra la carne desde hace muchos años, y expuse al cortante la duda que me asaltaba de si todos aquellos cocineros y sirvientes que se disputaban la vez para el despacho, habrían olvidado que era día de vigilia. El carnicero se me echó á reír francamente y me contestó:

— No, señor; todos saben muy bien que hoy no se come de carne.

— Pues, amigo mío, no lo entiendo.

— Tampoco yo lo entendía al principio, pero ahora me lo explico perfectamente.

— Veamos.

— Todos ó casi todos mis parroquianos, que en el resto del año disfrutan una excelente salud, se ponen enfermos por este tiempo de Cuaresma.

— Se está usted burlando, Sr. Jerónimo.

— No quiero decir que estén delicados de salud todos los individuos de una misma familia; pero basta que la abuela, el nieto ó el padre sufran un dolor de muelas, un panadizo ó cualquier molestia del estómago, para que se prescinda de la comida de vigilia. Porque, es lo que ellos dicen, no vamos

á poner comida de pescado para unos y de carne para otros; esto sería un des-arreglo.

— Quedo convencido... Buenos días.

Otra observación he hecho tocante al precepto de la abstinencia de carne en los viernes de Cuaresma.

Hay católicos timoratos, digámoslo en honor suyo, que antes se dejarían morir de hambre que tomar una rueda de salchichón en viernes, porque la ley religiosa lo prohíbe y por nada del mundo quebrantarían la ley estos fervientes cristianos.

Pero estos cristianos fervientes creen que si les está vedado comer ternera en esos días, no hay ningún precepto que les prohíba discurrir sobre el modo de conciliar la religión con el apetito.



VISTA EXTERIOR DE SAN MIGUEL DE ESCALADA,  
Monumento histórico nacional.



No quiero enumerar todos los ingeniosos ardidés que emplean para hacer más llevaderos el ayuno y la vigilia, pero referiré lo que hace un conocido mío.

El jueves toma chocolate con picatostes á las nueve de la mañana; hace una comida suculenta á las dos de la tarde; engaña al estómago, como él dice, con una tacita de té con leche y algunas pastas y fiambres á las siete, y ya no vuelve á probar bocado hasta las once de la noche, hora en que se sienta á cenar... sin probar más que carnes, por supuesto; nada de pescado. Dan las doce y, eso sí, aunque tenga media pechuga de faisán en el tenedor, la deja sobre el plato cuando suena la primera campanada del reloj (que por cierto suele atrasarse algo).

Ya ven ustedes si es rigorista y buen cristiano este señor conocido mío.

Pues bien, después de la opípara cena, se da sendos paseos por la sala, mientras fuma un Cabañas monumental; lee el folletín de *La Correspondencia*, por más que esto sea poco higiénico, y á cosa de la una ó una y media se acuesta, pensando en el ayuno y vigilia del día siguiente.

Como tiene la conciencia tranquila, duerme como un bienaventurado hasta las siete de la mañana del viernes, hora en que su ayuda de cámara le sirve un vaso de agua azucarada; se vuelve del otro lado y echa otro sueño hasta las once. Una hora después se viste, lee los periódicos, abre el correo y entretiene el tiempo hasta la una, *hora de hacer penitencia*, según repite un millón de veces cada viernes cuadregesimal.

La penitencia consiste en una comida abundante y variada, pero nada de carne, ni el olor siquiera. Cuatro ó seis pescados, entremeses y postres á discreción... y pare usted de contar. A las siete y media ó las ocho toma un refrigerio, que no excede ni llega acaso á lo que consiente la *colación*; y aquí tienen ustedes á mi hombre, que se ha pasado todo el viernes sin quebrantar el ayuno, como él mismo se lo habrá dicho á ustedes si son amigos suyos.

Lo que acaso no les habrá dicho es lo que su cocinera ha confiado reservadamente á Roque y Roque me ha contado á mí con la misma reserva con que yo voy á repetirlo al público. El buen católico de que voy hablando, y que ha matado el tiempo como ha podido desde que *hizo colación*, se sienta á la mesa minutos antes de la media noche, y cuando suena la primera campanada de las doce en el reloj del comedor (que por cierto suele andar algo adelantado), hace una comida formal, en la que siempre sale castigada la carne... la carne de la comida, por supuesto.

Y aquí tienen ustedes un buen cristiano, que cree haber cumplido con Dios porque ha cumplido con la letra del precepto, y que se figura que no necesita andadores para irse derechito al cielo.

\*\*

Cristianos de esta estofa hay muchas, como hay muchos también que creen necesario poner un rostro compungido y unos ojos lánguidos el día de ayuno, cual si quisiesen ir diciendo á las gentes: «¡Qué trabajos pasa un buen católico para ganar la gloria eterna!»

Hay alguna señorita (no entre mis queridísimas lectoras, por de contado) que se pasará doce horas sin comer ni beber, á trueque de satisfacer un capricho de la curiosidad en cualquier espectáculo callejero, y siente vahidos y desmayos de debilidad los días de ayuno.

Es cosa muy común oír á la generalidad de los que se llaman católicos lamentarse del ayuno, como si se tratase de una tortura impuesta por una ley bárbara. Y sin embargo, esta especie de mortificación, no menos saludable para el alma que para el cuerpo, es infinitamente más suave y llevadera en nuestra religión que lo ha sido y aun lo es en las falsas religiones.

El código de Manou, remontándonos á la mayor antigüedad, contiene infinitas prescripciones de ayuno y abstinencia de ciertos manjares.

Encontramos también establecido el ayuno entre los egipcios, quienes le transmitieron á los griegos y á los judíos, y más tarde el Korán se lo impuso como dogma á los musulmanes.

Los ayunos entre los israelitas, á más de reducir el número y la cantidad de las comidas, iban acompañados de otros signos de duelo y de mortificación, como el silicio, la ceniza, etc., y se anunciaban al són de trompeta.

Los atenienses, en particular las mujeres, observaban durante ciertas fiestas un ayuno rigurosísimo, permaneciendo todo un día sentadas en el suelo y con el rostro sombrío.

Los lacedemonios decretaban ayunos públicos antes de emprender ciertas guerras.

Los sacerdotes de Júpiter, en la isla de Creta, no podían comer durante su vida ni carne ni pescados ni ningún alimento cocido.

También practicaban el ayuno los romanos y los pueblos de la Italia primitiva. Numa Pompilio ayunaba siempre antes de ofrecer un sacrificio, y asimismo se decretaron en Roma los ayunos en honor de Ceres y de Júpiter.

Y viniendo á nuestra sacrosanta religión, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento se dignifica y enaltece el ayuno como una mortificación meritoria y agradable á Dios. David, Achab, Tobías, Judith, Esther, Daniel, los ninivitas, todo el pueblo judío creyeron obtener de Dios, por este medio, el perdón de sus faltas.

Los cristianos griegos puede decirse que han establecido cuatro cuaresmas: una por Natividad; otra que corresponde á la nuestra; la tercera, que dura desde la semana siguiente á Pentecostés hasta la festividad de San Pedro; y la cuarta, que sólo dura del 1.º al 15 de Agosto. Sumados los días de ayuno en la Iglesia griega, llegan al número de ciento treinta.

Los ayunos de los armenios son aún más rigurosos, pues comprenden todos los miércoles y viernes del año, además de los diez ayunos generales, de los cuales tres duran una semana cada uno, otro quince días, y el de la gran Cuaresma siete semanas.

Los coptos y los abisinios tienen, como los griegos, cuatro grandes ayunos, si bien varían en la duración.

El ayuno de los musulmanes consiste en una absoluta abstinencia de todo alimento desde la aurora hasta la puesta del sol.

Los brahmanes tienen ayunos frecuentes y rigurosos que no se dispensan ni por la vejez, ni por la debilidad, ni por las enfermedades.

Entre los budhistas del Thibet, el ayuno severo, llamado *ngounné*, dura veinticuatro horas, y durante ellas no es permitido *ni aun tragar la saliva*. Sin embargo, la mayoría de las gentes le observa tres días consecutivos.

Los chinos tienen también ayunos reglamentarios en épocas de calamidad pública.

En fin, de todas las religiones que hoy existen en el mundo sólo hay una, la de los parsis ó güebros, en la que no es meritorio el ayuno, que se encuentra preceptuado hasta entre las tribus bárbaras de Africa y América.

Después de estos datos históricos (que los eruditos se han tomado el trabajo de recoger para que yo los extracte con muy poca molestia) ¿pueden tomarse en serio los escrúpulos y desfallecimientos de los cristianos de nuestro tiempo cuando se trata del ayuno...?

\*\*

Creo que se me ha ido la mano al escribir sobre ayunos y vigiliás, cuando verdaderamente no tenía el propósito de extenderme tanto. Perdónenme los lectores por haberles impuesto una nueva penitencia sobre las que ya trae consigo la Cuaresma.

\*\*

En cambio habrán ustedes oído á la Patti y saboreado con delicia sus melodías y gorjeos; conquie váyase lo uno por lo otro.

Confieso que no soy refractario ni siquiera indiferente á la buena música y al buen canto. Diré más: tolero la música de las zarzuelas mientras los actores declaman y aun durante los intermedios.

Con estos antecedentes deben ustedes suponer que he tenido mis vacilaciones y he sentido conatos de asistir á alguno de los conciertos dados en el teatro de Jovellanos por la eminente artista, y he renunciado á ello, no precisamente por las treinta pesetas de la butaca, que al fin por una vez nada es caro, sino por otra consideración que me asaltó al decidirme á comprar la localidad. Recordé que cuando oí á la Patti hace años (no quiero decir cuántos) en el teatro Real, cantando admirablemente varias óperas, entre ellas *El Barbero de Sevilla*, pagué (si no es infiel mi memoria) un napoleón, ó sean *diez y nueve reales*, por una butaca. Ahora, me dije, voy á pagar *ciento veinte reales* por oír la cantar valor de media peseta de ópera, cambiada en perros chicos de aria, romanza ó *canzonetta*. O he de reconocer que me engañan en este trato, ó tengo que convenir en que yo engañé á la *diva* cuando la oí por tan poco dinero. Así, pues, no quiero ir al concierto para no pasar plaza de engañador ó de engañado.

\*\*

Antes que se me olvide: ¿Conocen ustedes á Doña Inés?... (No, no es esta la pregunta.)

Veamos: ¿Recuerdan ustedes cuál es la ensalada más insípida que han probado en su vida?... (Tampoco es esto.)

¿Podrían ustedes decirme dónde encontraría yo, para un remedio, alguna droga teatral más soporífera que *El Bandido Lisandro*, ó que *La...*

Pues, señor, no acierto á formular mi pensamiento.

Quería decir, sin faltar á las leyes de la hospitalidad, que la *Donna Inés* que nos ha metido en casa la compañía de ópera italiana para hacer su presentación en el teatro de la Comedia, es una señora apócrifa y que estamos cansados de conocer en todos los teatros de España.

No se nos venga diciendo que es cosa nueva; porque la hemos visto alcanzar éxitos parecidos al de la otra noche, bajo los nombres de *Doña Simplicia*, *Doña Insulsa*, *Doña Aguachirle*, *Doña Insoportable*, etc., etc.

Por lo demás (seamos galantes), no puede negarse que tiene algo bueno, así en el libreto como en la partitura; reúne las cualidades del agua del Lozoya en las épocas de mayor pureza: es inodora, incolora é insípida.

\*\*

Volvamos la oración por pasiva.

Olor de rosas, jazmines, azucenas, claveles, heliotropo... olor de quinta esencia de todos los perfumes de la naturaleza.

Color de oro, de esmeralda, de púrpura, de rubí... color de cielo.

Sabor de miel bíblica, de ambrosía, de néctar, sabor de españolismo: todo esto tiene *El Canto del romero*, leído hace pocas noches en una velada del Ateneo por nuestro poeta legendario y popular por excelencia.

No encuentro palabras que expresen el efecto que ha producido entre los oyentes, ni epítetos bastante hiperbólicos para calificar al autor del poema. No se dice nada con llamarle inspirado vate, cantor de nuestras glorias, lírico incomparable, poeta eminentísimo...

Quisiera refundir en dos solas palabras todos los calificativos que han caído sobre él desde que nos hizo oír su primer verso hasta que escuchamos el último verso en el Ateneo...

Ya encontré la frase: PEPE ZORRILLA.

\*\*

Se han ensayado en el Parque de Madrid unas bombas contra incendios, construídas en Inglaterra por Mr. Merryweather.

He perdido ya la cuenta de los aparatos, procedimientos, productos químicos, proyectiles preparados, líquidos mata-fuegos é inventos infalibles que se han sometido á la experiencia en esta Corte para sofocar cualquier incendio, de cualquier edificio, á cualquier distancia y en cualquier momento.

Todos, sin excepción, han dado maravillosos resultados; todos han sido unánimemente elogiados por la prensa; todos han demostrado en los experimentos que no hay fuego que resista á su *acción apagadora*. Y sin embargo...

Pero no seamos pesimistas; tal vez ahora va de veras, y acaso las nuevas bombas de vapor están llamadas á desempeñar un papel importante en la extinción de incendios.

Ahora, lo que hace falta, si se demuestran prácticamente las ventajas de este sistema y el Municipio le considera tan eficaz para apagar fuegos como el bozal para que los perros no muerdan, es que no se convierta en *vapor* el proyecto, ni se aplique á las bombas de vapor la teoría que se aplica á los bozales de los perros.

BLAS.

## CRÓNICA UNIVERSAL

**S**IGUIENDO la costumbre de transcribir los discursos pontificios, comenzamos esta crónica con el dirigido por Su Santidad á los párrocos de Roma y á los predicadores de la Cuaresma. Dice así:

«Al aproximarse este santo tiempo, acostumbran los párrocos y los predicadores venir al Vaticano para ser bendecidos por el Soberano Pontífice, y ya los años últimos Nós les dirigimos palabras propias de las circunstancias, recomendándoles á unos los deberes del ministerio pastoral, y excitándoles á los otros á que trabajaran porque su predicación fuera fecunda. Y al habarlos también este año de la misma materia, Nós no podemos menos de hacerlo en primer término, de las dolorosas circunstancias



de los tiempos en que vivimos, y recordando los gravísimos males que tanto afligen y tan tristemente conturban á la sociedad humana.

Nós Nos hemos lamentado de esos males desde el primer día de Nuestro Pontificado, y repetidas veces Nós los hemos señalado al Episcopado católico, á la vez que á los príncipes y gobernantes. Y este objeto han tenido Nuestras Cartas-Encíclicas, en las cuales Nós hemos combatido las falsas teorías del socialismo, del racionalismo y del naturalismo, especialmente por aquellos en que Nós hemos puesto el dedo en la llaga gangrenosa que infesta al mundo; es decir la de la *secta de los francmasones*.

Y últimamente, en la Encíclica *Immortale Dei*, resumiendo las anteriores enseñanzas para la salvación de la sociedad, que tiende nuevamente á alejarse de Dios, Nós hemos puesto y colocado en el lugar que les corresponde aquellos principios inquebrantables, verdadera base en que descansa la constitución cristiana de los Estados.

Harto bien comprendéis, sin embargo, queridísimos hijos, que sería vano esperar la vuelta del mundo á Dios, si desde luego no se curara la llaga en la misma raíz, es decir, si en las familias y los individuos que forman los elementos constitutivos de la sociedad no queda destruido el vicio, para que las virtudes puedan florecer. ¡Y cuán adecuada es la paternal solicitud de la Iglesia para obtener ese santísimo resultado! Después de haber iluminado el mundo con su doctrina, ha querido publicar un Jubileo extraordinario para todo el corriente año, abriendo así generosamente sus tesoros en provecho y para salvación de todos los fieles del mundo católico.

La publicación de un Jubileo era considerada en tiempos pasados como un acontecimiento de altísima y suprema importancia. Al solo anuncio de un año santo, veíase revivir en los pueblos generoso entusiasmo, santa emulación, estímulos saludables, para reformar las costumbres y robustecer la fe. Nós mismo hemos sido testigo de ello, cuando jóvenes aun, Nós asistimos al memorable Jubileo de 1825, promulgado por León XII, y con la más viva complacencia Nós recordamos cuanto entonces sucedió, y el espectáculo consolador que presentaba Roma en aquel año.

Parecía verdaderamente que la Ciudad Santa estaba toda ella animada y como compenetrada por un sentimiento de compunción y de plegarias. Era hermoso el ver en las calles públicas de Roma constantes procesiones de penitencia, era bello y edificante el contemplar á personajes del más alto rango, unidos á la multitud, vestir sin respeto humano el humilde sayo y consagrarse con santa alegría á las obras de caridad y de misericordia.

¡Cuánto ha cambiado ahora ¡ay! la condición de Roma! ¡Cuán triste es la comparación que ofrece la Roma de hoy con la Roma de entonces! Aquí hoy la revolución ha plantado sus tiendas y ejerce su maligna influencia; aquí, copiosa y públicamente se difunde el veneno de máximas impías y de pésimos ejemplos; aquí se erigen monumentos á los apóstatas; aquí impunemente se predica la herejía y se ridiculizan la verdad y los misterios más augustos de la religión; aquí, una prensa consagrada á la secta, en lenguaje blasfemo, diariamente lanza injurias contra Dios y su Iglesia.

En vista de todo esto que traspasa Nuestro corazón con el más acerbo dolor, tememos fundadamente que, colmada ya la medida, estemos cerca del momento de la justicia divina, vindicadora de las abominaciones cometidas en el lugar santo.

Por esto, á vosotros, párrocos, testigos y espectadores como Nós de tantos males, se dirige oportunamente Nuestra palabra, y con Nuestra autoridad os decimos: «Reviva en vosotros mismos el espíritu sacerdotal, y especialmente en este año redoblen vuestra actividad y vuestro celo en el cumplimiento de vuestros graves deberes. Favoreced y promover con todo cuidado las buenas obras y los ejercicios de piedad en vuestras parroquias, sacudid la somnolencia y la indiferencia que domina á tantos en punto á religión, vigilad solícitos y presurosos sobre la juventud, que es objeto por toda clase de artes y de insidiosas mentiras por parte de los malvados; en una palabra, sed otros tantos Apóstoles de Roma.»

Vosotros también, oradores sagrados, debéis ser otros tantos Apóstoles en este santo tiempo de Cuaresma.

Con la palabra evangélica de que sois ministros, defended y dilucidad las verdades de la fe; acrecentad entre el pueblo el respeto y el amor á la religión; combatid con fuerza y con valor santo los vicios y los errores. Vuestra palabra que, fecundada como está por la gracia que viene de lo alto, es la palabra de Dios, tiene tal fuerza que puede sanar los espíritus, santificar las almas y atraer á la vía de salud á los extraviados.

Plácenos añadir aquí para animaros, que, á pesar de los esfuerzos de los impíos, la antigua fe se mantiene viva y constante en una gran parte del pueblo romano, que se honra dando público y solemne testimonio de ello cuando se presenta la ocasión.

La viña en que estáis llamados á trabajar es buena, y arrojareis la buena semilla en tierra que no es infecunda.

Valor, pues, queridísimos hijos, y proceded de común acuerdo. Así satisfaréis plenamente Nuestros deseos y Nuestras intenciones, y así Roma, bajo la égida de los gloriosos Príncipes de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, sus celestiales patronos, sabrá resistir las duras pruebas de la hora presente y podrá con confianza augurar un porvenir mejor.

Resta dirigiros, queridísimos hijos, una apremiante recomendación. Entre las obras fijadas para ganar el Jubileo, Nós hemos recordado é inculcado de una manera especial la que tiene por objeto favorecer las escuelas y seminarios. Por lo que á los seminarios se refiere, están suficientemente dotados en Roma. No así las escuelas, á pesar de las grandes sumas que á su sostenimiento Nós anualmente dedicamos. Ellas producen buenos frutos, pero aun no bastan á responder plenamente á las peticiones de las familias católicas, ansiosas de instrucción para sus hijos. Sea testigo de esto Monseñor el viagerente, que está entre nosotros, y que de continuo Nos expone en nombre de toda la comisión del magisterio, la necesidad de aumentar el número, mejorar los locales, ampliar las clases y gratificar mejor á los maestros que con laudable actividad y celo prestan su concurso á la enseñanza.

Reputamos, pues, como importantísimo y convenientísimo que en este año santo, y particularmente en la época cuaresmal, se haga un llamamiento á la generosidad de los romanos. Trátase de una obra en sumo grado benéfica y saludable, cual es la de dar á la juventud una instrucción y una educación estrictamente cristianas. Emplead al efecto ¡oh párrocos! toda suerte de santos medios, y desplegad toda vuestra influencia. Y vosotros, predicadores, destinad algún día festivo, de aquellos en que el pueblo acude en mayor número á la iglesia, á recoger limosnas con el mismo objeto.

Impetramos, por último, sobre vosotros toda la plenitud de los favores celestiales; y en prenda de paternal afecto, os concedemos desde lo íntimo del corazón á vosotros y á todo el pueblo romano la bendición apostólica."

Los trastornos y motines socialistas iniciados en las calles de Londres continúan repitiéndose, con espanto de cuantos tienen algo que perder. En un mismo día nos ha dado cuenta el telégrafo de dos atentados cometidos por turbas socialistas: uno en Manchester (Inglaterra) y otro en Lieja (Bélgica). En la primera de estas poblaciones comenzó con un *meeting* de obreros, y después de pronunciarse violentos discursos contra los capitalistas y los burgueses, los manifestantes recorrieron tumultuosamente algunas calles, rompiendo los faroles y los escaparates de las tiendas.

Algunas de modas fueron saqueadas, y se intentó asaltar varias joyerías.

La intervención de la policía puso término á estas deplorables escenas, dispersando á los agitadores.

El atentado de Lieja ha sido más grave é imponente. Reunidos los obreros socialistas en la plaza de Delcourt, se pronunciaron discursos incendiarios. Desde allí pasaron á vías de hecho, y paseando banderas rojas por las calles, penetraron las turbas en cafés, tiendas y aun en algunas casas rompiendo cuanto encontraban al paso y cometiendo actos de pillaje propios de un bárbaro saqueo. A todo esto continuaban llegando á Lieja nuevas bandas de socialistas gritando: ¡mueran los ricos! ¡viva la revolución social! y las autoridades, aterradas ante tales desenfrenos, dieron orden á la gendarmería y á la milicia nacional para hacer fuego sobre las turbas. Afortunadamente, los socialistas no iban armados y las cargas de los soldados lograron dominar la revolución. De la refriega, sin embargo, resultaron varios heridos y algún muerto. El telegrama que se expidió en Lieja aquella misma noche para las agencias de París decía:

«Si el pueblo hubiese tenido armas, los sucesos de la noche última hubieran tomado proporciones horribles, pues el populacho se proponía saquear las casas de las personas pudientes.»

Otro telegrama posterior añadía: «La opinión pública está vivamente impresionada en vista de los progresos que el socialismo ha hecho en Bélgica.»

Ante estos sucesos, ¿quién no vuelve los ojos á la Iglesia, única autoridad y única fuerza que puede

salvar al mundo de las asechanzas del socialismo, como lo salvó en el siglo V de las invasiones de los bárbaros?

Sea por convicción ó sea por táctica política, el príncipe de Bismarck parece que los va volviendo.

La prensa alemana comenta mucho el hecho de que el Canciller ha dado estos días un banquete á varios miembros de la Cámara prusiana, al que fué invitado el Obispo de Fulda, el cual asistió con su traje morado, y fué objeto de especiales distinciones de parte del poderoso anfitrión. Este, antes y después de la comida, habló con el Obispo de las cuestiones presentes y mezcló en su conversación grandes alabanzas del Papa, al que dijo profesar verdadera admiración, por considerarle como uno de los grandes hombres de Estado de la época actual. El Príncipe no llevaba otra condecoración que la de Cristo, concedida recientemente por el Papa.

He aquí una curiosa anécdota que publica la *Gaceta de Magdeburgo*:

En el año de 1850, la regenta del Ducado de Anhalt-Bernbourg, teniendo necesidad de un ministro, se dirigió al Gobierno prusiano suplicándole que le designase entre los funcionarios prusianos alguno capaz de desempeñar el cargo vacante.

El Gobierno prusiano designó á dos personas: una que era inspector de bosques, y otra que era superintendente de los diques de una provincia.

Ambas se pusieron en camino, pero la primera llegó antes que la segunda, y por lo tanto, la agraciada con el cargo de ministro de la regenta del Ducado de Anhalt-Bernbourg, fué el inspector de bosques, mientras que el superintendente de los diques de su provincia tuvo que volverse por donde había venido.

No se sabe cómo se llamaba el que tuvo la suerte de llegar el primero.

En cambio se sabe cómo se llamaba el que se quedó sin la cartera por haber llegado tarde, á causa de un accidente que le ocurrió en el viaje: se llamaba Bismarck, venció á Napoleón III, y ha merecido el dictado de canciller de hierro.

La cuestión que estos días embarga la atención pública en Inglaterra es la relativa á los proyectos del Gobierno sobre las reformas en Irlanda. Aunque todavía no son conocidos del público relatiónanse estos proyectos con la creación en Irlanda de un cuerpo legislativo que se establecería en Dublin, y que sólo contaría con una Asamblea única, elegida bajo el principio de la representación de las minorías pero con ciertas limitaciones.

Irlanda continuaría mandando sus diputados al Parlamento imperial, pero no proporcionalmente á la cifra de su población, sino según la cuota de contribución para los ingresos del Imperio. Ahora bien, siendo esta contribución de unos tres millones, según el proyecto, el número de los diputados irlandeses en Westminster sería de unos treinta.

La policía irlandesa sería puesta bajo la inspección del Parlamento y no estaría armada.

La intervención de las fuerzas imperiales sólo tendría lugar en el caso necesario de exigirlo así la seguridad de las personas y de las propiedades.

Las limitaciones del nuevo Parlamento serían, entre otras, la de no poder gravar con impuestos las mercancías inglesas, ni entablar negociaciones con las potencias extranjeras, ni emplear sus ingresos en favorecer un culto cualquiera, ni por fin dictar medidas que atentasen contra la validez de los contratos.

Estas reformas no satisfacen á los irlandeses, ni son por lo visto tolerables á los ingleses. Se cree que costarán la vida al Gobierno de Gladstone, el cual, según el *Daily News*, tiene también el proyecto de realizar un empréstito de 120 millones de libras esterlinas para indemnizar á los grandes propietarios de Irlanda y distribuir las tierras á los colonos.

La cuestión no se resuelve de una plumada.

La *Revista Católica* de Lima describe los preparativos que ya se han hecho en la capital del antiguo virreinato español para la celebración del tercer centenario del nacimiento de Santa Rosa de Lima. El Sr. Arzobispo ha solicitado, y el Papa ha concedido, las mismas mercedes espirituales que otorgó con motivo del centenario de San Francisco de Asís.

X.



## CARTA DE ROMA

Roma 19 de Marzo de 1886.



AS exposiciones anuales están de suyo encaminadas al cultivo y fomento de las Bellas Artes; por eso fué muy digno el pensamiento que presidió á la inauguración de la costumbre de hacer semejantes exposiciones, cuando en Roma mandaba quien promovía el verdadero progreso artístico: y aun recuerdan muchos con satisfacción lo concurridas y apreciadas, por propios y extraños, que eran las Exposiciones de Plaza del Pópolo, durante el gobierno pontificio. Pero es tal ahora la manera que se sigue en llevar á efecto el hermoso pensamiento de las Exposiciones anuales, que harto dudosa aparece ya la importancia de tal pensamiento: to y la utilidad de su ejecución; unas estatuas de género verde, unos cuadros del pornográfico y algunos retratos de hombres políticos, he aquí lo principal que ofrecen las Exposiciones modernas. Hace pocos días estuve á visitar la anual de Roma en su propio palacio *Il palazzo della Esposizione*; pero, francamente, si todas las Exposiciones de Roma son del mismo género, no merecen dar el nombre á ninguna casa de palacio. Hay un sinnúmero de pinturas de aguazo, pero excuso decir que no expresan ningún concepto digno de atraer la atención de quien entra á visitar la Exposición; el conjunto de líneas y la armonía de los colores pueden contentar un momento su vista, pero nada le dicen á su alma, á no ser que le hablen muy mal de la del pintor. Efectivamente, entre los quinientos *acquarellis* que allí están, no encuentro dignos de elogio más que á los *Pompeyanos*; en éstos, preciso es reconocerlo, su autor Luigi Bazzani, de Roma, ha logrado confirmar que el arte es hijo de la naturaleza, pues entre la madre y el hijo el parecido es evidéntísimo. Para no dejar completamente solo al Bazzani, podría citarse el Ferrari, de quien son *La Cineraria* y *la Campagna romana*; pero el mérito de estos cuadros, aunque de mucho y demasiado efecto, no raya muy alto. Entre los lienzos de composición alegórica sobresale el *Idilio en el mar*, de Krupfer, y entre los paisajes *La tarde*, del Pulini; el *baile de negros* hace creer que su autor, Don Juan Simoni, con el tiempo va á ser un buen artista, pues el grupo que forman los que bailan es muy natural, pero en los detalles no ha llegado todavía á mucha perfección.

Por lo demás mi reseña artística puede darse por completa con sólo añadir que la escultura tampoco no ofrece nada que descuelle; entre los retratos, han salido muy parecidos los del Duque Torlonia, obra de Luzzi, y del Sr. Depretis, Presidente del Consejo de Ministros del rey Humberto, hecho por Preatoni; el del afamado Listz, compositor de música, es artísticamente el mejor, reflejando bastante el genio de quien representa: pero un pequeño grupo que pretende presentar á una víctima del trabajo, en su conjunto no me satisface aunque haya trabajado en él nada menos que el Alberti de Milán, y la misma estatua de *San Sebastián*, que ha logrado llamar bastante la atención de los artistas, no es una obra perfecta ni mucho menos. Se comprende que en tierra de ciegos sean reyes los tuertos, pero ¡qué lástima que las Bellas Artes hayan decaído tanto en la misma Roma! El gusto artístico se pierde cada día más; las obras que eternizan á su autor ya no parecen. Quizá haya influido en ello la transformación que viene sufriendo esta ciudad, pues, por el afán de ensanchar sus plazas y calles, se derriban muchos monumentos, y no se tiene el menor cuidado en conservar las obras de arte que respetaron los mismos vándalos en los múltiples sitios con que cercaron á esta ciudad. Un escritor alemán, cierto señor Ermano Grimm, ha demostrado recientemente al mundo artístico la obra demoledora que se viene practicando en Roma, con un artículo publicado en una revista de mucha circulación en Alemania, y cuyo título es *La destrucción de Roma*. El Ayuntamiento de esta capital llevó muy á mal dicha publicación, y se quejó de que un extranjero se meta en juzgar cosas de Italia; pero, además de su carácter religioso, por el cual todos los católicos tienen razón en preocuparse del porvenir de Roma, tenía esta ciudad un carácter eminentemente artístico, bajo el cual podían perfectamente, también los extranjeros, tomar interés en los destinos de Roma. Por desgracia harto fundadas están las acusaciones que dirige al Ayuntamiento de Roma el citado autor alemán; bien claramente lo dicen algunos hechos recientes. Al practicar las obras de ensanche en una localidad muy próxima á San Juan de Letrán se descubrieron, hace poco, tres arcos del antiguo acueducto de Nerón, del cual no se conocía más que la pequeña parte que aun queda en la finca de Volkouski; pero he aquí que el Ayuntamiento, á los po-

cos días de descubierta aquella riqueza arqueológica, la pone á disposición de los mineros, que muy pronto la tirarán al suelo. Un descubrimiento análogo fué la del acueducto de Claudio en la vía del Tritone, con la ventaja más de que una inscripción latina facilitara importantes pormenores sobre la historia de aquel puente que el emperador Claudio mandó construir para traer á Roma *l'acqua vergine*; en otras partes del mundo se hubiera tratado de conservar esta nueva riqueza arqueológica, pero el Ayuntamiento de Roma no lo ha juzgado así, pues vendió el solar en que se descubrió el acueducto, autorizando al comprador lo sepulte si quiere bajo un edificio de seis ó ocho pisos!! La manía de *specular*, ó sea sacar dinero con todo — *far specolazioni*, dicen en Roma — ya cunde mucho y por desgracia con perjuicio de las Bellas Artes. Comprendo que se quiera ensanchar la parte céntrica de la ciudad, pero esto no debe ser con perjuicio de los monumentos más célebres de Roma; hacer otra cosa no es más que dar razón al autor del artículo *La destrucción de Roma*, y obligarnos á no tener exposiciones de más alcance y mérito artístico que la modestísima de que he hablado al principio de esta carta.

J. M.

## LOS GRABADOS

VISTA INTERIOR DE SAN MIGUEL DE ESCALADA,  
Monumento histórico-nacional.

He aquí el informe emitido por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando:

«Excmo. Sr.: Existe en la provincia de León un monumento arquitectónico, que si es pequeño por sus dimensiones, es grande é importante por su mérito artístico y por los recuerdos históricos que atesora.

«Cuando huyendo la dominación agarena, el Clero cordobés buscaba en los montes de Asturias y León, bajo la protección del gran Alfonso, amparo y libertad para practicar el culto externo de sus creencias, fundóse el renombrado templo de San Miguel de Escalada.

«En él más que en ningún otro, se estudió la influencia que los monumentos árabes han tenido en la concepción de los templos cristianos de aquella época: impresionados sus autores, modificaron algo el estilo latino-bizantino, naciendo el estilo que algunos escritores calificaron mozárabe, si bien otros no le conceden la importancia de escuela, sino la consideran como una variante de la que dominaba á la sazón.

«De todas maneras, Excmo. Sr., la iglesia de San Miguel de Escalada es un monumento curioso é importante de la remota época de don Alfonso el Magno, y á pesar de los rigores del tiempo y de la ignorancia y aun malevolencia de los hombres, se conserva como memorable ejemplo de la manera de sentir, crear y crear de aquella época de gloriosa lucha de la Reconquista.

«No existe, puede decirse, ya el curiosísimo panteón abacial: las bóvedas descubiertas han dado paso á las aguas, y éstas y la vegetación parásita han convertido en pobres ruinas la curiosa construcción románica.

«Ruina inminente amenaza (según la Comisión leontina) la torre románica de la iglesia; y el día, cercano por desgracia, en que aquéllas se desplomen, la iglesia de San Miguel de Escalada habrá dejado de existir, perdiéndose para siempre un tan notable ejemplo de construcción religiosa. Algunos de sus capiteles, frisos, dovelas y canes tallados, los más afortunados irán á parar en oscuro rincón de ignorado museo, y las más de ellas servirán de cimiento á mezquinas construcciones rurales.

«Estas consideraciones movieron el ánimo de la Comisión provincial de Monumentos históricos y artísticos de León para dirigirse á esta Real Academia en demanda de protección y apoyo cerca del Gobierno de S. M., para que declarando monumento nacional la iglesia de San Miguel de Escalada, en la provincia de León, se ordene su estudio y restauración á un arquitecto de reconocida idoneidad y especiales conocimientos arqueológicos, salvando de la ruina tan preciado monumento.

«Esta Academia, Excmo. Sr., hace suya la súplica de su delegada la Comisión provincial de León; y confiada en la alta ilustración de V. E., no duda que inclinará la opinión de S. M. por medio de su Gobierno, para que acceda á lo solicitado.»

ESPADA, CASCO Y ESCUDO DE FRANCISCO I DE FRANCIA.

Durante un período de casi tres siglos, conservóse la armadura del prisionero de Pavía en la ciudadela de Innsbruck, capital del Tirol, y la espada en el Alcázar de Toledo, y después en la Armería Real de Madrid. El Austria y la España, regidas en aquella época por un mismo cetro, fueron igualmente recompensadas con los trofeos más insignes, alcanzados en hecho tan memorable que ocupará siempre en la historia de las dos naciones un lugar distinguido.

El 7 de Noviembre de 1805 cayó Innsbruck en poder de las tropas francesas, y el mariscal Berthier remitió á París la armadura de Francisco I. Austria era al fin una nación vencida, y tuvo que pasar por la dura ley que le impuso el vencedor. En cambio en España, sin vencimiento y sin lucha, por la complacencia del Gobierno débil y funesto de principios del siglo, la espada de Francisco I fué entregada generosamente al célebre Murat. Enciende la sangre la noticia de aquella entrega, con lo que se creyó conjurar la tempestad que estaba encima. Un carruaje de la Real Casa, con numeroso séquito de palafreneros, carrozas de respeto y brillante escolta, se dirigió el 4 de Abril de 1808 al domicilio de Murat para entregarle solemnemente la espada de Francisco I, que el mariscal francés recibió con singulares muestras de satisfacción.

Posteriormente, el rey Don Francisco mandó fabricar una espada, copia de aquélla, al reputado artista Sr. Zuloaga para colocarla en la Armería Real. Tiene de largo una vara menos una pulgada y de ancho dos pulgadas menos dos líneas; es de oro la guarnición, y en la cruz se lee esmaltada la leyenda: *Pecit. potentiam. in. brachio. suo.*

El escudo y el casco que aparecen en el grabado fueron hallados en el equipaje del rey vencido. En el primero se ve

un gallo, símbolo de la Francia, que hace huir á un guerrero armado. Representa el escudo en la parte anterior y en las laterales reñidos combates de pie y á caballo, con figuras en relieve, sobre fondo dorado, y con preciosos adornos damasquinados.

UN BUEN MAESTRO.

La impiedad podrá vociferar cuanto quiera contra las órdenes religiosas, pero es el hecho que, para hacer cuadros conmovedores, inspirados en el amor á la ciencia ó en la práctica de la caridad, los buenos pintores acuden al tipo del fraile; y ora mostrándole entre los infolios de una biblioteca, ora entre los fieles congregados en un templo, aquí consolando á un prisionero, allí acompañando á un condenado á muerte, el fraile es la representación más estética que hallan los artistas para encarnar los grandes sentimientos de la religión.

El cuadro que representa nuestro grabado, premiado en la última Exposición de Viena, es una prueba de lo que afirmamos. La escena no puede ser ni más sencilla ni más tierna y conmovedora. Un religioso se ocupa en dar lección á un muchacho, y para llevar aquél al extremo su caridad, al mismo tiempo que le explica la lección del libro que el discípulo repasa, el maestro le recose y remienda los pantalones, llenos de las cicatrices y rasguños de cien batallas infantiles.

¡Maestro verdaderamente humilde y profundamente caritativo, que no desdena las tareas más vulgares é impropias de su dignidad á trueque de captarse las simpatías de su discípulo y de dispensar á éste toda suerte de favores y beneficios!

¿Qué otro magisterio podrá rivalizar con este magisterio cristiano, inspirado en el amor de Dios, que es principio, medio y fin de toda verdadera sabiduría? ¿Qué mucho que los frailes hayan sido en todo tiempo los representantes del saber y de la educación científica, si eran los verdaderos maestros de la caridad, luz y guía de las almas, verdadero resplandor de la increada luz de los cielos?

DOCTOR LUIS WINDTHORST,

Jefe del Centro católico alemán.

LA ILUSTRACION CATÓLICA, que ha duplicado en los últimos meses el número de suscritores, se considera en el caso de reproducir hoy el retrato del insigne Windthorst, que acaba de mostrarse sobre la tribuna del Parlamento alemán como eficaz cooperador de la Santa Sede para obtener la derogación del *Kulturkampf*.

Nació este célebre orador el 17 de Enero de 1812 en Toldendorf, pequeña población del principado de Osnabruck, Alemania del Norte.

Terminados sus estudios de humanidades con notable aprovechamiento, pasó nuestro biografiado á la famosa universidad de Gotinga, y más tarde á la no menos célebre de Heidelberg, donde estudió derecho con gran entusiasmo. Luégo que recibió el grado de doctor, abandonó la última ciudad, y empezó á ejercer la abogacía.

Divulgada rápidamente su fama de gran jurisconsulto, fué elegido, por sus merecimientos y por su saber, síndico y consejero del Consistorio de Osnabruck, y no tardó en ser nombrado magistrado de la Audiencia de Celle.

Habiendo muerto en 18 de Diciembre de 1851 el rey de Hannover, Ernesto Augusto, le sucedió en el trono su hijo Jorge V. El primer acto de gobierno del nuevo monarca fué cambiar radicalmente de Ministerio. Encargó al barón de Schele la formación del nuevo Gabinete, y aquél nombró para la cartera de Justicia al magistrado Windthorst, que en dos legislaturas había sido diputado, y en aquel mismo año era presidente de la Cámara popular de aquel reino.

El hecho más notable de su Ministerio fué la creación del Obispado de Osnabruck. Desde el año 1862 á 1865 volvió á desempeñar la cartera de Justicia, y en 1865 fué nombrado fiscal de la Corona en Celle, dando lugar con su conducta ejemplarísima á que muchas veces le nombrasen árbitro los príncipes de varios Estados de Alemania para dirimir las controversias de sus relaciones internacionales.

En 1866 dirigió las negociaciones entabladas con motivo del patrimonio del rey destronado de Hannover.

En 1867 fué nombrado individuo de la Dieta de Alemania del Norte, y desde 1871 lo es del Reichstag del Imperio, por el distrito de Singen-Meppen, por lo cual se le llama *la perla de Meppen*.

Desde 1874 no ha cesado un momento en su lucha contra el *Kulturkampf*, ó las *Leyes de Mayo*, sancionadas para perseguir de muerte á los católicos de Alemania, y en más de una ocasión ha hecho fracasar la política del canciller del Imperio.

Añadamos el siguiente telegrama que publicaron hace dos días los periódicos:

«Berlin 16. — El emperador Guillermo ha dado las gracias más expresivas al célebre caudillo del Centro católico alemán, sir Windthorst, por la espontánea manifestación que éste ha hecho en la Cámara, de que él y su partido votarán esta vez en favor de la prolongación de las leyes contra los socialistas; pero únicamente por consideraciones á la persona del Emperador.

«El sir von Puttkamer, encargado de esta misión, ha asegurado al sir Windthorst, de parte del Emperador, que ya en su ancianidad más bien tendía aquella ley á asegurar el bienestar de su pueblo que su persona, que Dios ha conservado tantos años, y le ha favorecido tan señaladamente.»

Windthorst es hoy el único hombre de Estado que en Alemania alcanza la talla de Bismarck.

¿Qué mayor gloria para los católicos?



## LA IGLESIA Y LA CIVILIZACIÓN



SCÚCHASE en estos tiempos un rumor extraño é imponente que parte de los que se llaman á sí mismos los portaestandartes de la civilización y el progreso. La religión católica, dicen, es rémora á todo adelanto y perfección. En folletos, en miles de publicaciones se vierten estas ideas que indudablemente han de influir en la vida social; la inteligencia humana sacudiendo los dogmas de pasados siglos, se alza soberbia y orgullosa proclamándose independiente de todo principio, de toda autoridad. ¿Es esta una nueva fase del progreso, ó retrogradamos á la barbarie de los primeros pueblos, á la infancia de la sociedad? Problema es este que supera á mi pobre inteligencia, pues su trascendencia es evidente: así como el paganismo informa la sociedad antigua y late en las costumbres y el derecho, reflejándose en la literatura y en el arte, como se puede ver en Grecia y Roma, así la religión de Jesucristo informa la vida de los pueblos modernos.

Hoy que en la cátedra, en la academia, en el periódico, en todos los centros del saber, juegan estas ideas contradictorias, entro en el palenque de la discusión, llevando por divisa el amor á los hombres que, delirantes y locos, cruzan el difícil camino de la vida, regándole con lágrimas y sangre; pobres ciegos, que azotados incesantemente por el látigo del infortunio, ni se arrepienten ni se enmiendan, que bañados por la luz eterna de la verdad, vagan por las densas sombras del escepticismo y de la duda. Si la sociedad es síntesis de todos los pueblos, y éstos lo son de los individuos, el conocimiento de éstos envuelve necesariamente el de aquélla. Es el hombre un complejo resultante de la unión de dos elementos distintos en su esencia, contrariedad demostrada por la experiencia y el sentido común, evidente como el axioma, porque late en nuestro mismo sér; á esa contrariedad alude Espronceda cuando escribe:

Aquí, para vivir en santa calma,  
O sobra el corazón ó sobra el alma.

En igual sentido se expresa Göthe en el Fausto. « Dos almas habitan en mí, la una tiende incesantemente á separarse de la otra; la primera viva y apasionada, asida á este mundo, se une á él por los órganos y el cuerpo; la otra, sacudiendo con fuerza la noche que la rodea, se dirige á las moradas celestiales. »

Ante una verdad tan inconcusa no se comprende que en nuestros días, en el último tercio del siglo XIX, llamado de las luces, no se explica, repito, la preferencia, el exclusivo cultivo que se tributa al estudio y desenvolvimiento de las ciencias físicas y naturales, relegando al olvido el elemento más noble de nuestro sér, el espíritu; y no censuro el estudio de la naturaleza, que se busquen sus leyes y se inquieren sus arcanos, no; todo progreso verdaderamente científico es una expresión ó manifestación de la verdad absoluta, que es Dios; crítico, sí, el olvido, la indiferencia con que se miran las ciencias morales, como si no envolvieran arduos problemas, cuya solución tiene un eco trascendental en la vida de la sociedad. Examinad la historia, sacudid el polvo de los siglos y veréis que aquélla es un conjunto de luz y sombras, de hechos sublimes y de aberraciones deplorables que producen torrentes de lágrimas y sangre; y es que el hombre, como dejamos dicho, es una síntesis de elementos complejos que pugnan entre sí, materia y espíritu, la materia obedeciendo, como la naturaleza de donde procede, á leyes físicas y químicas; el segundo desenvolviéndose por encima é independientemente de esas leyes; del equilibrio de ambos elementos resulta la armonía; del procedimiento de uno de ellos las pasiones, que son las tempestades borrascosas de la vida.

Evocad las tradiciones de la humanidad diseminadas en los libros sagrados de los primeros pueblos, el Pentateuco y los Vedas; descifrad los jeroglíficos de los monumentos egipcios; interrogad á la escritura cuneiforme y á la numismática, y un hecho culminante sobre el que llamo vuestra atención surge de todas esas fuentes de la historia: el sentimiento religioso, revistiendo diferentes formas, ora en el monoteísmo hebreo, ora en la existencia de los dos principios de los persas, en el politeísmo de Grecia y Roma. En los albores de la humanidad, como en las diferentes fases de su desarrollo, aparece informando las costumbres la inteligencia; en vano los sabios primero, y los filósofos después, se esforzaron en atribuir dicho principio á causas naturales; la razón y la experiencia demuestran que lo universal es necesario y brota de la esencia misma de las cosas; por consiguiente, la necesidad de la

religión queda demostrada al considerarla como expresión de un sentimiento universalísimo.

Las teogonías de la India y de la China, así como la de casi todos los antiguos pueblos, coinciden en la esencia con la mosaica, y en su apoyo viene la filología, que aun cuando á primera vista pudiera aparecer contradictoria, su estudio comparado demuestra analogía, afinidad y aun á veces identidad entre idiomas de pueblos muy distintos por su origen y costumbres y situados á largas distancias, la misma ciencia ha demostrado que todos los idiomas vienen á reducirse á dos ó tres que consideran como madres ó primitivos de los que los demás se derivan; más aun, al ser tan íntimas las relaciones que entre ellos existen, no sería extraño que investigando se llegase á un idioma tipo, origen de todos los demás.

La geología, estudiando la constitución del globo, viene á coincidir con la cosmología mosaica al fijar la edad del mundo.

La cronología, comparando fechas y relacionando hechos, lo confirma.

La misma astronomía lo corrobora; Newton, al formular las leyes de la atracción universal, confiesa la existencia de legislador. Frente á la cosmogonía mosaica y en lucha con ella se levanta el panteísmo: nos muestra la primera al mundo brotando de la nada á impulso de la fecunda palabra de Jehová, que forma del limo de la tierra al primer hombre dándole una compañera, describe la felicidad de los padres del género humano en el Edén, su prevaricación y castigo, perdiendo la gracia y quedando sujetos al dolor y las miserias de la vida; el segundo aparece como cuerpo de doctrina en la escuela jónica, presidida por su fundador, Tales de Mileto; el fondo y la esencia del panteísmo consiste en negar la pluralidad y distinción sustancial de lo que llamamos seres finitos, ya entre sí, ya principalmente con relación á Dios: entendemos, pues, por panteísmo « todo sistema que enseña que todos los seres constituyen en realidad un sér sustancial, considerando los seres particulares y finitos como evoluciones parciales ó modificaciones y fases varias del mismo sér, ó fenómenos ideales del mismo. »

Los sistemas panteístas, aunque idénticos en el fondo, se distinguen, sin embargo, en el modo de explicar el origen del mundo y su distinción de Dios; pueden reducirse á tres fundamentales, que son: 1.º, teoría de la emanación; 2.º, de la evolución real; y 3.º, forma idealista. Según el primero, el mundo, con todos sus fenómenos, sale de Dios por medio de una verdadera emanación sustancial; de modo que el mundo, según esta teoría, viene á ser una parte de la sustancia divina que sale de Dios para volver á él; el segundo sistema explica el origen del mundo por un desarrollo interno immanente de la sustancia divina, mediante el cual ésta determina y produce en sí misma el espíritu y la materia, ó sea todos los seres materiales y espirituales como modificaciones reales; pero fenoménicas del pensamiento divino y la extensión infinita, que son atributos immanentes de la sustancia divina; la tercera forma excluye hasta esta distinción accidental, porque sólo admite un sér único, una realidad ó esencia única y universal, con la cual se identifican absolutamente todos los seres.

No siendo mi objeto refutar el panteísmo, harto mal trecho, me limitaré á indicar que, admitidos sus principios, la libertad es un mito, el hombre obra fatal y necesariamente, y por lo mismo es incapaz de moralidad.

El legislador judío, refiriéndose á las tradiciones de su pueblo nos muestra á éste descendiendo de Adán; nos lo exhibe bajo la forma patriarcal observando la ley natural y la alianza de Dios con Abraham, su alianza con el pueblo y prometiendo al anciano Patriarca que en su posteridad serían benditas todas las naciones de la tierra.

Jacob, estando próximo á la muerte llamó á sus hijos para bendecirles, y habiendo llegado á Judá le anuncia la venida del Mesías, determinando la época de su venida, porque ha de venir cuando el cetro y la suprema potestad hayan desaparecido de la tribu de Judá después de los Patriarcas viene el pueblo bajo los Jueces, y por último, bajo los Reyes. Describe Moisés los sacrificios, las prevaricaciones del pueblo y aparecen los Profetas conminándoles con la cólera de Jehová por su apostasía; pero Israel, de dura cerviz, no vuelve el corazón á su Dios, y cuando se consuma la iniquidad tienen cumplimiento las amenazas de los Profetas y es destruido el templo y la ciudad; el pueblo gime bajo el yugo asirio, y postrado ante Jehová suspira por su patria y su libertad; aplacada la cólera del Dios de Sabahot, los consuela por su profeta Daniel, anunciándoles la reedificación del templo y la ciudad y la venida del que ha de ser enviado; restablecida la antigua alianza, Dios los protege y guía en el regreso á Je-

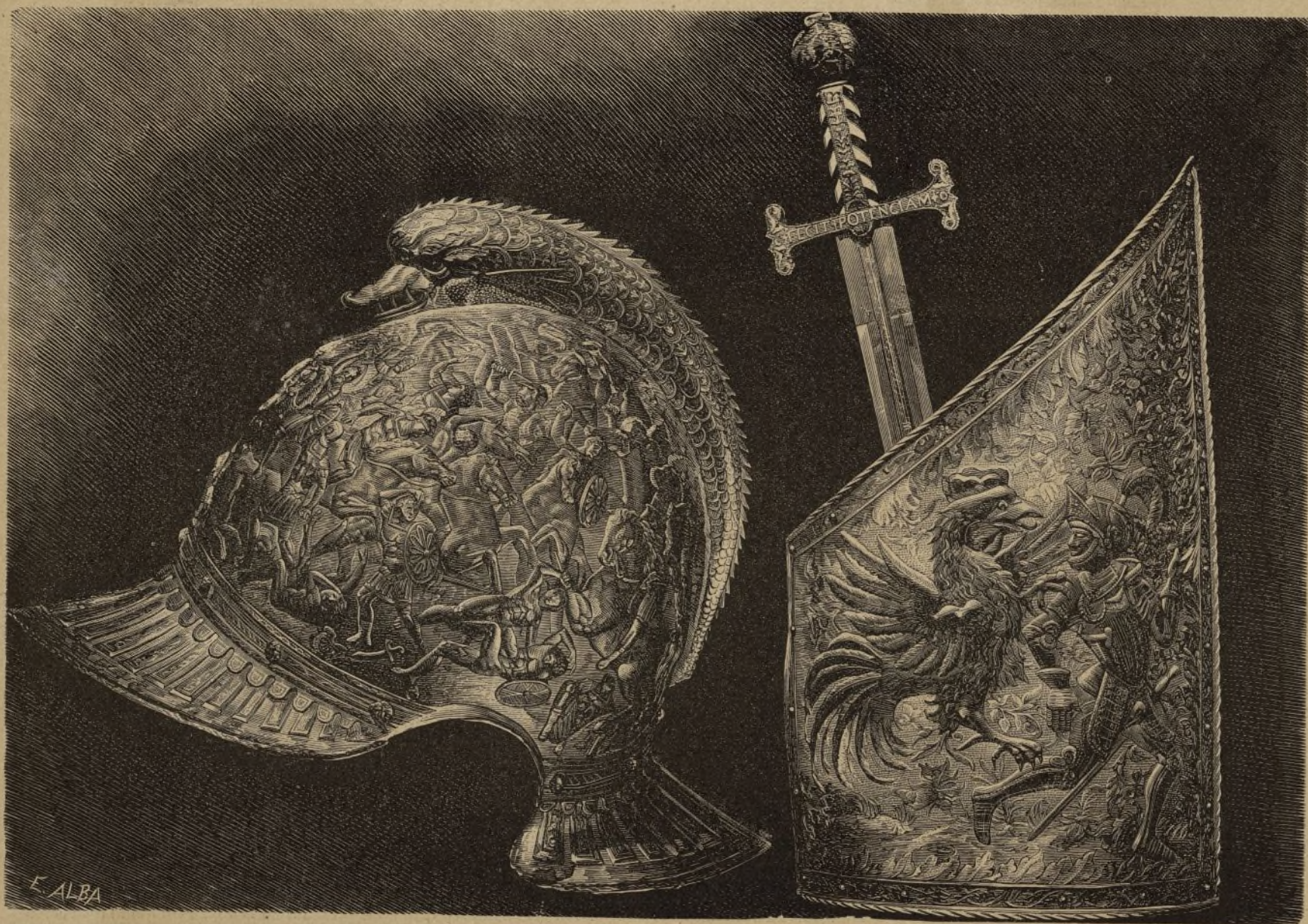
rusalén; el mar Rojo separa sus ondas para darles paso y vuelve á unirlos para salvarlos del ejército asirio que les persigue, les manda el maná para alimentarlos, y rodeado de majestad en la cima del Sinaí promulga su ley, y al descender del monte Moisés para comunicarla al pueblo, lo ve prosternado ante el becerro; se enciende en santa ira, manda que se arme la tribu de Leví, y castigada la iniquidad, el jefe visible de Israel duda, y en castigo de su falta de fe le anuncia Dios que no pisarán sus plantas la tierra prometida para que más visible sea el castigo; muere después de verla desde el monte Moria; le sucede Aarón; el pueblo llega á ver realizados sus deseos, y estando desolados los ancianos y llorando las vírgenes de Sión, al comparar la pobreza del segundo templo con la magnificencia del levantado por Salomón. Les anuncia Dios por su profeta Ageo que la gloria del segundo templo será mayor que la del primero, porque ha de ser santificado por el deseado de las gentes. Israel suspira por la venida de su libertador, y llega la plenitud de los tiempos; los oráculos de Jacob y Daniel, las profecías de Ageo y Malaquías se han cumplido, y aparece el deseado de las gentes; los cielos y la tierra se conmueven; los Angeles se sonríen porque en Belén, pequeña ciudad de Galilea, ha nacido el legislador de las naciones; los pastores le adoran. ¿Qué comitiva es esa que cruza las calles de Sión y se dirigen al palacio del Idumeo? Son tres reyes de Oriente que han hecho un largo y penoso camino á través del desierto, porque se les ha anunciado el nacimiento del Mesías y vienen á rendirle vasallaje; desconfia Herodes, y creyendo que el cetro se escapa de sus manos, decreta la muerte de todos los niños que no llegan á tres años; la inmaculada paloma de Galilea, la santa Madre de Jesús, estrechándole contra su corazón y ocultándole en su regazo huye con el virtuoso anciano que el cielo le diera por esposo; los Angeles del Señor baten sus alas más bellas que la aurora en torno de Jesús; mil tiernas tradiciones se han conservado, atravesando el espacio de los siglos, hasta nosotros. « Era el ocaso del octavo día de su salida de Judea; el amoroso grupo subía el áspero sendero de una montaña; el cielo se iba oscureciendo; pardas nubes ocultaban el hermoso azul del cielo; de pronto brilla el relámpago, se oye el trueno, brama el huracán y el día espira; la noche tiende sus fúnebres crespones y aumenta la borrasca; la Virgen de Sión se siente desfallecer; en vano se cobijan los augustos viajeros bajo un sicomoro para guarecerse de la lluvia; es tan espesa que corre bajo sus pies empapando sus vestidos, y la Madre del divino Jesús siente que un mar de amargura rebosa el corazón y que oleadas de lágrimas se agolpan á sus ojos, resbalando por sus cándidas mejillas; cuando se cree abandonada de Dios y de los hombres, un grito de alegría y esperanza se escapa de sus labios, más bellos que la flor del terebinto de Judea; un punto luminoso como una estrella se destaca entre la bruma, y tropezando aquí, resbalando allá, llegan al pie de ruinosa torre, penetran en su interior y el pavor se apodera de sus corazones; un espectáculo extraño se presenta ante ellos: en el fondo de una habitación sucia y ennegrecida por el humo, perciben un grupo formado de unos quince hombres de torvo semblante y mirada sombría que al rededor del hogar juran y blasfeman. ¿Qué hacer? ¿Habrán caído en peligro mayor que el que les amenazaba? Permanecen indecisos, y por fin, dominados por el miedo se disponen á abandonar aquella tétrica mansión, que parece guarida de bandidos, mas cuando los del grupo se aperciben de su presencia, creyéndose sorprendidos se lanzan sobre los pobres viajeros; ya están cerca; la muerte se cierne sobre ellos, cuando de pronto se ocultan los puñales y les invitan á sentarse al rededor del hogar. ¿Qué ha motivado un cambio tan instantáneo como inesperado entre aquellas fieras que pocos momentos antes blandían sus puñales sobre los asustados viajeros? Entre aquellos hombres, uno había que por su continente parecía el jefe y que adelantaba á los demás cuando se disponía á verter sangre inocente; una emoción extraña conmovió su alma, sentimientos generosos invadieron su corazón y dulcificóse su mirada; los demás entonces volvieron sus armas al cinto, aunque de mala gana; pero el imponente continente de su jefe contuvo á aquellos lobos de la montaña, cuadrilla de bandidos que asolaban la comarca; pasado ya el peligro, la Madre de Jesús descubrió al divino Niño para devolver el calor á su aterido cuerpo; tendió éste sus brazos hacia aquel hombre de semblante atezado y torva mirada, que momentos antes, presa del furor y la ira, olfateaba la sangre como el tigre, y al mismo tiempo que pugnaba por desasirse de su Madre, fijaba sus ojos dulces como los de la paloma en el semblante del bandido, que cada vez más agitado por la emoción extraña que se había apoderado de su sér, coge temblando al pequeño



Niño, que reclina su radiante cabeza sobre el pecho de aquel hombre manchado por el crimen; siente éste una nueva vida difundirse por todo su ser, un rayo de luz penetra en la tenebrosa noche de su alma, la conciencia se levanta severa, recordándole sus crímenes; su corazón se anega en lágrimas, le parece que las sombras de la muerte le rodean, estrecha contra su pecho á Jesús, en cuyos labios jugueteaba la sonrisa de los cielos, y las lágrimas brotan corriendo las tostadas mejillas del bandido, y vuelve la esperanza y la vida á su corazón; la noche avanza, los viajeros, rendidos de cansancio,

quisieran descansar, ¿pero dónde? Comprende el bandido el embarazo de sus huéspedes, aquellos labios manchados por la blasfemia se posan sobre la casta frente de Jesús, y entregándosele á su madre le cede su lecho de pieles; á poco reina el silencio; todos duermen, el bandido sueña; una ligera sonrisa vaga por sus labios; al crepúsculo matutino los viajeros se disponen á continuar su camino; el jefe de los bandidos coge en sus brazos á Jesús, y la misma emoción de la noche anterior domina su alma; se siente morir al separarse de él; es preciso partir; le da el último beso y lo deposita en

los brazos de María; ya bajan por el tortuoso sendero de la colina. ¿Por qué llora el bandido? ¿Por qué continúa impasible apoyado sobre el tronco de añosa encina con la vista fija en los viajeros hasta que se pierden en un recodo del camino, sin hacer caso de sus subordinados, que le contemplan con estupor? Ni él mismo lo sabe; cuenta la tradición que al volver de su arrobamiento le oyeron balbucear: «sí, estoy cierto, el niño me dijo: Dimas, conmigo morirás.» La familia nazarena cruza las arenas del desierto y llega á Egipto; nada sabemos de lo que pasó en este hospitalario país; al cabo



ESCUDO, CASCO Y ESPADA DE FRANCISCO I, REY DE FRANCIA.

de ellos, por inspiración divina, vuelve á su patria; hasta los 30 años, la historia y la tradición sólo nos dicen que Jesús ayudaba á José en su oficio de carpintero, que iba alguna vez al templo sorprendiendo á todos con su candor; pasados los 29 años se presenta en el Jordán para recibir el bautismo de Juan que predicaba penitencia porque se acercaba la venida del Mesías. Al caer el agua sobre su frente inmaculada el espíritu de Dios se cierne sobre su cabeza y truena la voz del Santo de los Santos diciendo: Este es mi hijo amado, en quien tengo todas mis complacencias. Y después de hacer penitencia por cuarenta días y de ser tentado por el demonio, empieza su predicación; sus labios son manantial de vida, de luz y de armonía, de ellos brotan sublimes enseñanzas inspiradas en la moral más pura, como basada en la caridad divina.

Perdonad á vuestros enemigos, amadlos como á vosotros mismos. Cuando las turbas amotinadas se disponen á castigar á la mujer adúltera, exclama: «que lance la primera piedra el que se sienta libre de pecado,» y á la pecadora de Magdalo que, arrepentida le pide perdón de su vida licenciosa, «vé, mujer, y no peques más:» leed en la soledad de la noche, en la intimidad de vuestra conciencia el sermón de la montaña, y por estragada que esté vuestra alma, por pervertido que tengáis el corazón, una luz tan suave como la que ilumina el Edén disipará las nieblas de vuestro espíritu, veréis las lágrimas agolparse á vuestros ojos, latir con nueva vida el

corazón, y despojados de las ligaduras de la carne os creéis trasportados á las moradas del cielo. Pero ¿quién soy yo para bosquejar siquiera la sublime figura del Hombre-Dios? Pervertido el corazón, manchada el alma, mis labios no son dignos ni aun de pronunciar el nombre del justo. Consultad á los cedros del Líbano, á los olivos de Getsemaní, preguntad al Thabor y á todos los sitios que santificó con su presencia y las flores con sus perfumes, los cedros con sus aromas, el Thabor y Jerusalén con sus recuerdos que aun palpitan después de 19 siglos, el aire y el agua con sus murmullos y armonías, y la atmósfera de los cielos con su lenguaje misterioso, os dirán que de todo su ser se irradiaba la divinidad, que pasó por la tierra haciendo bien, que su pueblo correspondió á tanto amor inmolándole como á un criminal, que regó con su sangre y sus lágrimas las calles de la ciudad maldita, no por que Jesús fulminara el anatema, que no sabía sino amar. ¡Ay de ti, Jerusalén, hay de ti, Ciudad deicida, tú lo has pedido, la sangre del justo caerá sobre tu cabeza y sobre la de tus hijos, vagarás sin descanso sobre la superficie de la tierra, sin patria, sin templo y sin sacrificios hasta la consumación de los tiempos!

Y cuando la muerte se cierne sobre su cabeza eleva el corazón el divino mártir, y una palabra de esperanza y de consuelo: «Padre, perdónalos, que no saben lo que se hacen.» Sabios de la tierra, guanos que os arrastráis por el fango del vicio y de

las pasiones, decid: en el Areópago de Atenas, en las Escuelas de Roma, en los templos de Egipto ó entre vosotros, ¿hay alguno que haya llegado en su amor á la humanidad adonde llegó el divino Mártir del Gólgota? Ciudad uno, probadlo y dejo de ser cristiano, me paso á vuestras filas; pero no podéis. ¿Ni cómo hacerlo, cuando uno de vuestros más esclarecidos genios, J. J. Rousseau, no puede menos de confesar, que si la muerte de Séneca es la de un justo, la muerte de Jesús es la de un Dios.

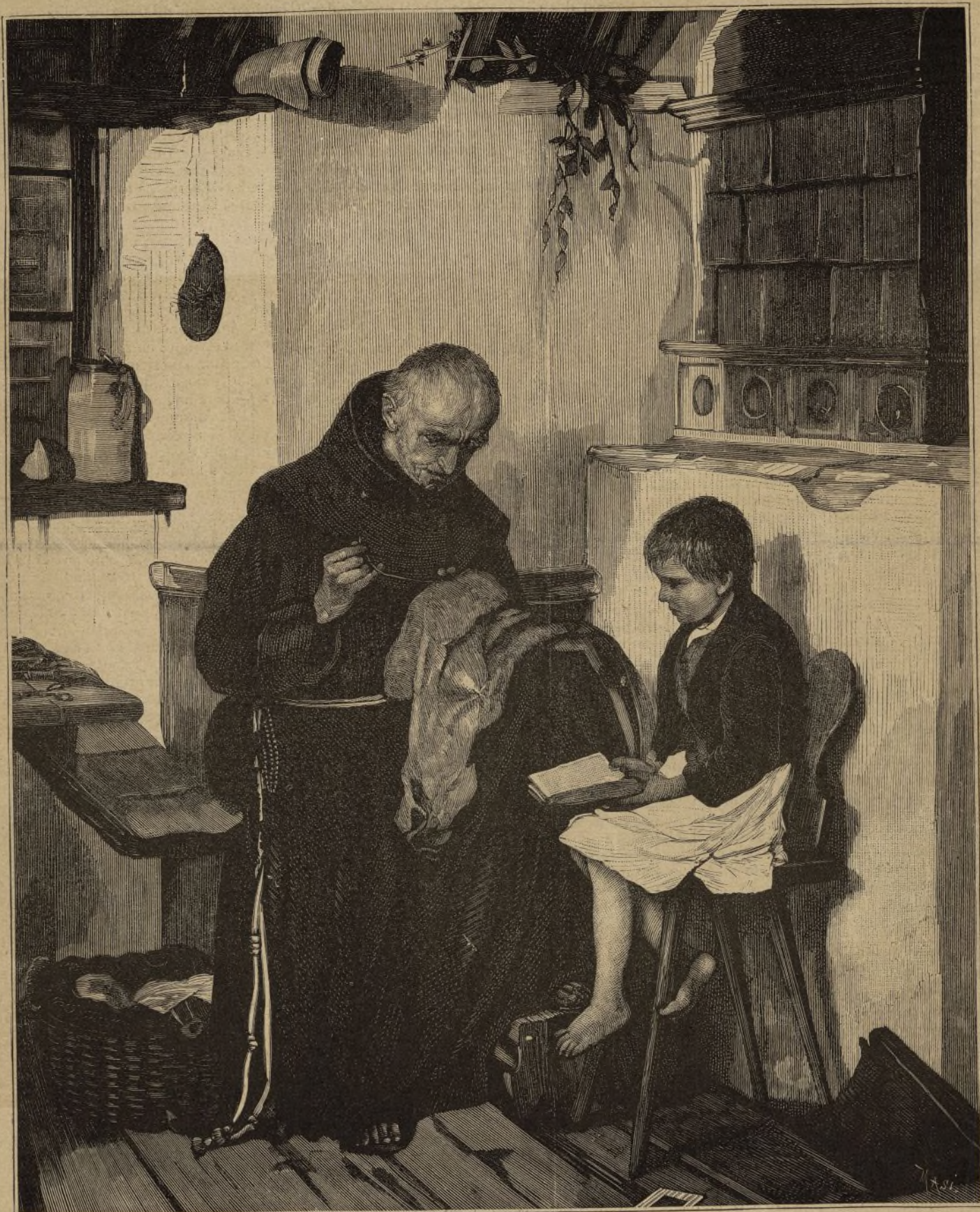
EDUARDO EGEA SÁNCHEZ.

(Se continuará).

## EL CIPRÉS

**L**a familia de las coníferas ha sido dividida por M. Richard en tres tribus: las abetíneas, las cupresneas y las taxíneas. La segunda tribu, las cupresneas, recibe su nombre del ciprés (cupressum) que, originario de Levante, se ha generalizado en Europa. Es un árbol elevado, de verde oscuro y forma piramidal; sus hojas son filiformes; sus flores se componen de escamas, que forman un fruto duro del tamaño de una nuez, y su madera es incorruptible. Por esta propiedad los egipcios la emplearon para la construcción de sus sepulcros, donde tan perfectamente se han conservado sus momias. Los griegos hacían con ella





UN BUEN MAESTRO.

las estatuas de sus dioses. Los romanos escribieron en madera de ciprés las leyes de las Doce Tablas, y también la empleaban en la construcción de sus biremes y triremes (barcos de dos ó tres órdenes de remos).

Según Horacio, en su epístola á los Pisones, los manuscritos y códices preciosos para su conservación se untaban con aceite de cedro y se guardaban en finísimas cajas de ciprés.

..... Speramus carmina fingi  
Posse linenda cedro, et levi servanda cupresso?

Que traduce Iriarte en los siguientes versos:

¿Qué versos esperamos hoy se escriban  
Que con jugo de cedro preservados  
Y en tablas colocados  
De bruñido ciprés, durables vivan?

Los antiguos creyeron, por su aroma balsámico, que el ciprés purificaba el aire y constituía una atmósfera benéfica para los tísicos, por lo cual hacían estos enfermos su viaje á Candía, donde son muy abundantes.

La resina aromática del ciprés es útil para las heridas recientes, y da un bello color.

Mathiolo asegura que las ramas del ciprés preservan las ropas de la polilla. M. Lichenstein apreció las propiedades de su aceite esencial para conservar los animales disecados. J. Hufeland le encuentra propiedades tenífugas. También se usa el ciprés para formar setos ó vallados altos, que sirven de abrigo á los jardines y á ciertos cultivos. Se dice que la vida del ciprés es siete veces más larga que la de la encina. El verde oscuro del sombrío del ciprés nos causa tristeza: en el lenguaje de las flores es el símbolo del duelo y del dolor: así es el árbol de las tumbas y de los cementerios.

Es muy tierna la siguiente composición de Juan Bautista Arriaza:

#### EL CIPRÉS Y EL LLANTO DE UNA MADRE.

Triste ciprés que entre las nubes meces  
Tu oscura cima y tu letal verdor:  
Tú, que obelisco de aflicción pareces,  
Al cielo eleva mi infeliz clamor.

Una flor lloro que la Parca dura  
Robó á mi seno en su primer matiz;  
Un hijo tierno, flor de mi ventura,  
Que voló al cielo y me dejó infeliz.

Nunca á mi falda le verán mis ojos  
Venir alegre y retozar gentil;  
Ni más mi rostro de sus labios rojos  
Sentirá el beso entre caricias mil.

¡Ay! Para siempre en su graciosa boca  
De madre el nombre al espirar se heló...!  
¡Y el de hijo en vano mi cariño invoca,  
Que ya de un ángel no soy madre yo...!

Triste ciprés si el lúgubre murmullo  
Del viento airado te agradó tal vez,  
Si te complace el gemido arrullo  
De tortolilla en misera viudez.

Pasará el viento, cesará el gemido  
Y tú en el yermo solo quedarás;  
Mas de esta madre el llanto dolorido  
Será contigo sin cesar jamás.

Dice Chateaubriand que en los cementerios turcos los *parisos* semejan gigantes obeliscos negros, morada constante de blancas tortolillas y palomas azuladas, que con su arrullo hacen más triste la mo-



rada de los muertos. La Mitología consagra el ciprés a Plutón, dios de los infiernos, por el llanto de los que morían, y porque así como el hombre una vez muerto no revive, de la propia manera el ciprés, una vez cortado, no vuelve á arraigar, aunque se le plante en tierra. También le consagraron á los dioses manes, y figura siempre en las exequias fúnebres, ya adornando el ara, ya al lado de la pira, para disminuir el olor fétido de los cadáveres con su balsámico aroma. (Véase á Virgilio: *Eneida*: lib. II, 714; III, 64; y VI, 214.)

Según Zoroastro y sus sectarios, el ciprés representa *el alma aspirando al cielo*: es el emblema de la religión. En efecto, entre los templos del fuego que hizo erigir por todas partes el filósofo legislador, plantó en Balkli (Persia) un ciprés, sacado, según él, del Paraíso, y sobre el que grabó estas palabras: «Gouschtaps ha abrazado la verdadera religión.» El rey levantó al rededor de este árbol un pabellón de mármol, cubierto por una cúpula radiante de metales y piedras preciosas. Este pabellón, llamado *Minon*, es decir, *Celeste*, recibió un ejemplar del Zend-Avesta y fué objeto de peregrinación para los iramnienses (habitantes del Iram).

Apolo tuvo la desgracia de perder á su amigo Jacinto, sucediendo á éste en la amistad del dios Cíparis, el cual, inadvertidamente mató el ciervo que hacía las delicias de Apolo, y fué tanta su pena, que murió de dolor. Apolo le transformó en ciprés. Otros explican este pasaje haciendo á Cíparis amigo del dios de las selvas; dice Virgilio: «Y tú, Silvano, llevas desde su raíz el tierno ciprés.» (*Geórg.*, I, 20.) Dice Gesner: «Llegó la tarde y Palemón, lleno de un santo presentimiento, les dijo: Oh mis hijos; salgamos, vayamos á visitar la tumba de Myrta; deramaremos vino y miel y cantaremos himnos. Salieron y llegaron hasta la tumba: Abrazadme, hijos míos, dijo el anciano en un piadoso éxtasis. Entonces, en medio de los abrazos, fué convertido en ciprés, cuya sombra protege aún la tumba de Myrta... La luna, mudo testigo de esta aventura, se detuvo en su curso. El que reposa á la sombra de este árbol siente el corazón agitado de un santo transporte, y piadosas lágrimas corren de sus ojos.»

Discordes están los intérpretes y Padres de la Iglesia respecto de la madera del Santo Arbol de la Cruz, donde se verificó la redención del mundo, creyendo muchos místicos que fué de cedro, especialmente de aquel madero que, por no servir para la construcción del templo, se destinó á puente en el arroyo Cedrón. La mayoría están conformes en que fué de Beresch, Tamar, Erez y Jhets-hazzagit, como se desprende de los versos de Eusebio:

Pes cupressus est, suppedaneus cedrus, oliva supremum, Palmaque transversum, Christi sunt in cruce lignum.

El pie de la Cruz fué de *ciprés*, porque simboliza este árbol el dolor y la muerte, nos demuestra que Cristo Dios y hombre padeció y murió. Los brazos de *palmera*, porque la mano poderosa del Salvador, destruyendo el pecado, nos dió victoriosa la gracia. El supedáneo de *cedro*, porque la Excelsitud representada en el coloso del Líbano, descendió humilde prestándose al sacrificio. La tablilla colocada en el remate, donde en tres distintos idiomas se escribió la causa, de *olivo*, porque los triunfos gloriosos de Jesús Nazareno, rey de los judíos, son el fruto de la paz que predicó á las naciones haciéndolas hermanas. (D. Juan Gualberto Talegón: *Flora bíblica-poética*.)

El Arca de Noé fué construída de maderas resinosas: pinos, abetos, cedros y, en parte, de madera de Beresch (ciprés), símbolo de la humanidad regenerada en el justo Sidik, para serlo después por el Justo de los justos. San Epifanio, que vió los restos del Arca, asegura haber observado tabloncillos de ciprés. (*Génesis*, cap. VI, v. 14.) También sirvió para la construcción del templo de Jerusalén.

El ciprés es un árbol emblemático que, por su perenne verdor y su incorruptible madera, es el símbolo de la inmortalidad, y por ser el árbol de las tumbas y de los cementerios representa la muerte. Es uno de los emblemas de la Santísima Virgen María por estas dos ideas de vida y de muerte, de excepción y de sujeción á la ley general, y nos la representan aquellas palabras del *Eclesiástico* (capítulo XXIV, v. 17): «Me he exaltado como cedro sobre el Líbano y como ciprés en el monte Sión» (*quasi cupressus in monte Sion*). (*Figures bibliques de Marie*, por M. Paul Saucerri.)

Simón, hijo del Sumo Sacerdote Onías, ha sido comparado con un ciprés que se eleva majestuosamente á lo alto. *Ecl.*, cap. L, v. 11.)

Los cipreses de que habla el escritor sagrado, dice Sacy, figuran los justos que se santifican y enriquecen de virtudes por la meditación continua de su último fin.

En el *Cantar de los Cantares* (cap. I, v. 16), dice

la Esposa al describir su palacio: «Los cabrios de nuestra casa de cedro, los artesanos de ciprés.»

Sin embargo de la belleza del ciprés y de abundar en Palestina, rara vez se le cita en las Sagradas Escrituras, lo que atribuye un místico á que el ciprés es el árbol de los cementerios, representa la muerte y la muerte es el pecado.

El ciprés recibe su nombre de la isla de Chipre. Por último, se compara á Roma, descollando de los demás pueblos antiguos, con el elevado ciprés que excede y sobrepasa de la rastrera clemática.

TEODORO PEÑA FERNÁNDEZ.

Salamanca 1.º de Febrero de 1886.

## ¡¡CHIST...!!

(Conclusión.)



El hombre se dejó caer como una masa inerte en el reclinatorio, y entonces fué cuando el P. Antonio entreabrió la puerta para alejar al Superior. Al verse de nuevo solos, el jesuita extendió maquinalmente la mano hacia el quinqué para levantar la luz, detúvose, sin embargo, por un movimiento de delicadeza, recordando el secreto que á aquel hombre le convenía guardar con respecto á su persona. Mas adivinando éste el pensamiento del religioso, la levantó él mismo de un golpe, y arrancando la pantalla y tirándola lejos de sí, exclamó con violencia:

— ¡Míreme cara á cara, Padre...! ¡así verá qué rostro tienen los asesinos! Y arrojando al suelo una gorra de pieles que traía, rompió á sollozar.

Era un hombre de alta estatura, seco, de color cetrino, cuyas espesas cejas ocultaban casi por completo unos ojos negros y vivos, que asomaban en el fondo de sus órbitas hundidas como dos víboras á la entrada de sus madrigueras: llevaba barba sin bigote, y sus cabellos grises le colgaban en lacios y despeinados mechones. Un carril gris le cubría por completo, y conocíase que iba por debajo de él perfectamente armado. El P. Antonio le estrechó de nuevo en sus brazos, y con suaves palabras de perdón y de confianza consiguió al fin tranquilizarle. Entonces aquel hombre desalmado, que aun en medio de las profundas y santas emociones que le agitaban dejaba escapar soeces interjecciones que revelaban la inveterada costumbre de usarlas en su lenguaje, refirió al jesuita la historia de la infernal trama que contra él habían urdido las logias. La cristiana muerte del jefe de ellas en brazos del Padre Antonio las había alarmado: suponían que le habría revelado al morir los criminales manejos en que antes había tomado parte, y resolvieron asesinarle para asegurar con su muerte el secreto de sus planes. Las cartas que le había reclamado, no existían: era un ardor de que se había valido para aterrarlo y obligarle á confesar por sorpresa si poseía algunos documentos. La pistola era sólo para amenazarlo y defenderse en caso de apuro: la muerte había de dársele en silencio, hundiéndole el puñal de cierto modo particular por la articulación de la cerviz, y huyendo luego en un coche guiado por otro masón que le esperaba al extremo de la calle. Habíase él mismo ofrecido á llevar á cabo el asesinato, por el rencor que guardaba á los jesuitas desde que, bajo la dirección de uno de ellos, había profesado en un convento la mayor de sus hijas, sin que pudiesen apartarla de su vocación ni ruegos ni amenazas. Los datos acerca de la distribución de la casa, número y costumbres de los Padres que la habitaban, los había proporcionado otro masón, cuyo nombre dijo: era una persona sumamente conocida que visitaba á los Padres con frecuencia, pertenecía á varias cofradías y confesaba á veces con el P. Antonio. Esto horrorizó más al jesuita que el mismo crimen del otro miserable. También se había confiado á aquél la redacción de la carta, encargándole le diese cierto tinte devoto, cuya exageración fué justamente lo que despertó las sospechas del P. Superior. Como había desistido de su crimen, en vano procuraba explicarlo el desgraciado: decía que, sin saber por qué, sintió el corazón hacersele pedazos al ver al jesuita arrodillarse en el reclinatorio sin proferir una queja, y que la imagen de su hija querida se le representaba en aquel momento arrodillada también ante un altar, pidiendo al Señor la salvación de su alma.

— ¡Ella, ella es la que me ha salvado! decía el infeliz, escondiendo entre sus manos su desencajado rostro, y dando rienda suelta á unas lágrimas que quizá no acudían á sus ojos desde los lejanos días de la infancia.

El P. Antonio aprovechó estas palabras para des-

pertar en aquel hombre la idea que deseaba: díjole que los deseos de su hija no quedarían satisfechos si no lavaba su alma en el tribunal de la Penitencia; y con ese tacto y esa destreza que el Espíritu Santo infunde al hombre de Dios que se pone en sus manos, fué poco á poco elevando de lo humano á lo divino, de lo terreno á lo sobrenatural, del amor de padre al dolor del pecador contrito, consiguiendo al fin que allí mismo, sin dilación de ningún género, confesase á sus pies todas las culpas de su vida entera. Ofrecióse á ayudarle, y le ayudó en efecto, á hacer el examen de conciencia, y dos horas después el pecador se levantaba limpio, y la víctima vestía al verdugo, en nombre de Jesucristo, la blanca estola de la gracia.

Entonces le preguntó el P. Antonio cómo pensaba escapar de las asechanzas de las logias. El hombre no pareció preocuparse mucho.

— Por ahora, dijo, el mismo coche que me espera me pondrá en salvo, después, ya buscaré medio de salir para siempre de compromisos... Lo único que le pido es, que procure por dos días no mostrarse para nada en público.

El P. Antonio prometió que así lo haría, y bajó con él la escalera, acompañándole hasta la puerta: desde allí escuchó el rumor de sus pasos, que se perdían á lo lejos, y oyó el ruido de un coche que arrancaba á galope.

Jamás supo el P. Antonio quién era aquel hombre, ni volvió nunca á tener noticias suyas. Tan sólo á los tres meses recibió un paquete que le enviaban de Liverpool: en él venía una especie de gran medalla dorada y un pergamino. Consistía aquella en una escuadra y un compás, cruzados en forma de rombo, y pendía de una rica cinta de seda azul, que sirve hoy de lazo á la llave del Sagrario en cierta iglesia de la Compañía. El pergamino, con diversos sellos y dos matices de tinta, azul y negro, traía rasgados los nombres propios y las fechas; se encuentra al presente sobre la mesa de quien escribe estas líneas, y dice de esta manera:

A. L. G. D. G. A. D. U.

A todos los masones regulares

Salud, Fuerza, Unión.

Nós Vener. Dign. y Ofic. de la R. L. \* n.º \* constituída bajo los auspicios de la M. R. G. L. Simb. de \* para \*

Certificamos por la presente que nuestro querido y digno H. \* natural de \* de \* años de edad y de profesión \* es Maestro Masón de buena reputación y querido de todos nosotros.

Por lo tanto lo recomendamos como tal á todos los hh. en todas las partes del mundo, prometiendo la mayor gratitud y reciprocidad por las atenciones que por él hubieren.

Dado y sellado en la Cámara del Medio de esta R. L. en el Or. de \* á los 20 días del mes de \* A. L. 58 \* y del Señor 18 \*

El Ven. M. G. B. Tualler gr. 14.

El 1.º Vig. F. O. M. Thales gr. 3.º

El 2.º Vig. J. G. A. Balmes gr. 14.

El Tes. J. E. C. Aman m. m.

El Or. E. T. A. Roger de Aunel gr. 16.

El 1.º Exp. J. M. C. Espartero gr. 3.º

El Sec. Guardasellos M. M. T. Homero gr. 3.º

(Por el reverso.)

Sit Lux, et Lux Fuit.

Nós Josué gr. 33.º Gr. Maestro de la Muy R. Logia Simb. de \* para \*

Certificamos: Que el diploma de la vuelta ha sido legal y legítimamente otorgado á nuestro muy q. h. \* y que las firmas que lo autorizan son las que usan y acostumbra el Ven. Mtro. Dign. y Ofic. de la R. Logia \* de nuestra dependencia.

Or. de \* el día 15 del mes de \* A. L. 58 \* y del Señor 18 \*

El M. R. Gr. Mtro.

G. T. J. Josué Gr. 33.

El Cr. Secr. Gda. Sellos.

Américo 2.º Gr. 14.º

LUIS COLOMA, S. J.

## EL TELÉGRAFO EN LONDRES



A capital del pueblo mercantil por excelencia sorprende frecuentemente al mundo con alguna mejora ó invento, sea científico, artístico ó industrial. Entre ellos se puede citar la Estación Central de Telégrafos, el modelo más perfecto y acabado del mundo.

En la presente copia hemos suplido los claros del original con este signo \*.



La transmisión de telegramas desde las estaciones de distrito á la Central se verifica por medio de tubos neumáticos, economizando tiempo y trabajo, y evitando además errores, puesto que se remiten los originales tales como los interesados los escriben.

Los mencionados tubos están situados en una de las paredes del salón de transmisión á manera de cañones de un órgano colosal. Cada oficina se comunica con la Estación Central por medio de dos tubos, uno receptor y otro trasmisor. El original del telegrama, escrito por el interesado, se mete en una caja ó cápsula pequeña de goma elástica endurecida, cubierta con fieltro, en forma de un gran cartucho que corre fácilmente por dicho tubo.

Dos máquinas de vapor de 500 caballos cada una funcionan en los sótanos. Una de ellas está en conexión con los tubos de transmisión y produce la compresión del aire, que sirve de motor de impulsión de los pequeños cilindros que se envían; la otra comunica con los tubos de recepción, y forma el vacío para atraer los paquetes que se reciben de las estaciones de distrito.

Esta parte del servicio está encomendada á niños, que señalan en un indicador colocado cerca de los tubos cuando la vía está ocupada ó expedita. Las ventajas de la comunicación neumática se conocen mejor en el salón de transmisión de la oficina central, donde están los aparatos, pues se ve que por el mismo sistema se comunican unos despachos con otros, impidiendo así la pérdida de tiempo y su extravío.

Ocho minutos tan sólo tarda cada despacho en recorrer los tubos más largos, que miden cerca de dos millas, equivalentes á unos 3.200 metros. El diámetro de dichos tubos es de tres pulgadas (0,975), y son de plomo forrados con hierro, como los del gas. La presión necesaria para el servicio es de 12 á 15 libras por pulgada superficial (al rededor de una atmósfera). El aire comprimido se emplea hasta para taladrar el papel.

Cada telegrafista de la Estación Central de Londres usa el manipulador con tres teclas de marfil para transmitir los despachos según el alfabeto. La rapidez de la transmisión es tal, que en caso necesario puede llegarse á un máximo de 200 palabras por minuto; por lo ordinario es de 150, ó sea una rapidez mayor que la que generalmente se emplea en hablar. El número de telegramas que se transmiten diariamente está calculado en 50.000 con un millón de palabras.

El personal se compone de 1.000 empleados adultos y 500 niños de ambos sexos, con un servicio especial para la noche, compuesto únicamente de hombres. A las siete de la mañana empieza el trabajo, y sucesivamente hasta las cuatro de la tarde van relevándose los telegrafistas. El de la noche empieza á las doce.

## ROBESPIERRE

(Continuación.)

### Escena V.

COLLOT, BILLAUD, GRILLON.  
GRILLON.

Vengo á poner en vuestras manos los hilos de un negro complot.

COLLOT.

Si traes algo en el buche, suéltalo pronto. Ese es tu oficio.

GRILLON.

Ciudadano Collot d'Herbois, mi oficio es el principal auxiliar del Terror, que está salvando á la nación. Soy un funcionario público.

COLLOT.

Demasiado largo de lengua. Veamos si tienes las orejas tan expeditas.

GRILLON.

El incorruptible Robespierre me conoce...

COLLOT.

(Pegando un puñetazo en la mesa.)

No escudes tu insolencia con el nombre de un gran ciudadano. Dinos pronto, no lo que eres, porque de eso ya estamos informados, sino lo que sabes.

GRILLON.

(Con tono humilde.)

Esta mañana al dar mi parte de todos los días al fiscal del Tribunal revolucionario, tuvo éste que

consultar el libro donde se registran los mandatos de comparecencia. Al leer la lista de los presos de la Conserjería que fueron juzgados el día 16 floreal, oí con sorpresa los nombres del ex marqués de San Germán y de su nuera Luisa d'Entragues.

COLLOT.

¿Y eso te ha sorprendido?

GRILLON.

Sí, puesto que ni el ex noble ni su nuera han comparecido ante el Tribunal.

COLLOT.

¡Estas soñando! El marqués y su nuera han sido guillotinos.

GRILLON.

Perdona, ciudadano. Acabo de dejar á uno y á otro en la Conserjería con la cabeza sobre los hombros.

COLLOT.

¿Qué extraño misterio es este? (Toca la campanilla.) Al portero que entra.) Al ciudadano Recard que te dé la lista de las ejecuciones del último mes de floreal. (A Billaud aparte.) ¿No fué el Comité el que dió orden de juzgar á ese marqués y á su nuera?

BILLAUD.

(Idem á Collot.)

Sí, á excitación de Robespierre. Son de Arrás y nuestro colega debe tener con ellos alguna cuenta atrasada.

(El portero entrega unos papeles á Collot.)

COLLOT.

(Examinando los papeles.)

Veamos. Dices que debieron ser juzgados el día 16, luego les correspondía ser ejecutados en el día siguiente. Esta es la regla. En efecto. Aquí los veo. En la lista de las personas guillotinas el día 17, figuran los nombres de Guillermo de Nerac, ex marqués de San Germán, y de Luisa d'Entragues. ¿Y dices que uno y otro viven?

GRILLON.

Te respondo de ello con mi cabeza. Los estoy viendo todos los días.

COLLOT.

¿Quién ha tenido la osadía de burlarse de este modo de la justicia revolucionaria?

BILLAUD.

El autor de la suplantación tiene que ser un funcionario del Tribunal.

COLLOT.

Ciudadano secretario, acompaña á este hombre á las oficinas del Tribunal revolucionario y que se averigüe inmediatamente el nombre del autor ó autores de tan atrevida suplantación. Lleva esa lista como prueba fehaciente del delito. No vuelvas sin los nombres de los culpables.

CORVISART.

Voy á ejecutar vuestras órdenes. (A Grillon.) Sígueme.

### Escena VI.

(Toda esta escena en voz baja.)

COLLOT, BILLAUD.

COLLOT.

He aprovechado la ocasión para alejar á ese canalla, para que podamos hablar con libertad.

BILLAUD.

Será de ver la furia de Robespierre, en cuanto tenga noticia de este atrevido escamoteo.

COLLOT.

¡Robespierre! ¿No sabes que ayer en los Jacobinos ha pronunciado un discurso pérfido contra nosotros?

BILLAUD.

¿A quién se lo dices? Yo estaba allí y me he visto amenazado por el puñal de sus sicarios.

COLLOT.

Quiere dominar solo y se prepara á deshacerse de sus antiguos amigos. ¿Y no hemos de tener el valor de defender nuestras vidas? Billaud, hemos derribado á Danton ¿y no hemos de poder aplastar á ese reptil?

BILLAUD.

Ese reptil nos tiene cogidos entre sus pérfidos anillos. Dispone del Ayuntamiento, de los jacobinos, de la Guardia nacional y de toda la canalla de París.

COLLOT.

Pero si consiguiéramos darle el golpe en la Convención.

BILLAUD.

La Convención tiene miedo, sobre todo la Llanura, que es la que por su fuerza numérica dispone de las votaciones.

COLLOT.

¿Crees que pedirá nuestra acusación?

BILLAUD.

No lo creo, lo sé. Todo lo tiene preparado para llevar á ejecución su pérfido plan. El Ayuntamiento se declarará en sesión permanente, Henriot con sus batallones rodeará la Asamblea, la plebe asalariada llenará las tribunas. Si él no sale preso de la Convención, saldremos todos nosotros, y ya sabes que la prisión es el cadalso inevitable.

COLLOT.

Billaud, yo sé que los diputados de la Llanura le aborrecen y están fatigados de su insolente dominio. Es preciso levantar su espíritu á fuerza de audacia.

BILLAUD.

Sí, pero esos diputados nos odian casi tanto como á Robespierre. Si pudiéramos contar con Tallien...

COLLOT.

Dices bien... Tallien es atrevido, su elocuencia apasionada es muy á propósito para estos lances y quizá entre todos los montañeses es el que la Llanura mira con menos prevención. Desde que le domesticó la Cabarrús, nuestro colega ha comenzado á caer en gracia á la reacción...

BILLAUD.

Tendremos eso presente para más adelante. Ahora...

COLLOT.

Sí, ahora se trata de salvar la cabeza. Pero es el caso que Tallien no se cree todavía amenazado y no osa romper con Robespierre.

BILLAUD.

Conviene decidirlo á toda costa. Aquí viene.

### Escena VII.

DICHOS. TALLIEN.

(Por la derecha.)

TALLIEN.

(Riendo.)

¡Ja, ja, ja! ¡Por todos los dioses del Olimpo! ¡Qué soberbio remojón!

COLLOT.

Buen humor traes, Tallien.

TALLIEN.

No siempre hemos de estar rabiando, compañeros.

BILLAUD.

¿Qué es lo que provoca tu risa?

TALLIEN.

Una escena graciosísima. Habéis de saber que desde hace dos ó tres días, un individuo á quien no conozco, me sigue obstinadamente como sigue la sombra al cuerpo. La cosa no es nueva, pero es incómoda. Dos ó tres veces me volví hacia él para interrogarle acerca de los motivos de su tenaz persecución; pero mi hombre era listo y no se ponía nunca al habla.

COLLOT.

En suma, era un espía.

TALLIEN.

Famoso descubrimiento, Collot.

BILLAUD.

¿Y lo dices con esa sangre fría?

TALLIEN.

¿Qué quieres? Lo digo con la que tengo. Desde que hicimos la ley de sospechosos y establecimos el santo Terror, hemos debido comprender que la industria del espionaje iba á adquirir un gran desarrollo. Como aquí el que no espía es espiado y el ser espiado vale tanto como hallarse á dos dedos de la guillotina, hay mucha gente que se dedica á espiar la cabeza del prójimo, á fin de conservar intacta la suya.

COLLOT.

¡Pero espiar á un miembro del Gobierno, á un representante del pueblo!



BILLAUD.

Hablemos sin rebozo, Tallien, ¿no adivinas por cuenta de quién se te vigila?

TALLIEN.

No por cierto. Pero dejadme acabar mi narración. Atravesaba poco ha los pórticos del Palacio real para venir aquí, cuando mi hombre, calculando sin duda mal las distancias, á causa de la mucha gente que por allí transita, se puso por un momento al alcance de mi brazo. Como debéis comprender, no desperdicié la ocasión y agarrándole por el cuello le di dos ó tres sacudidas vigorosas, diciéndole: ¡*Cañalla! ¿te atreves á espiar á Tallien?* Había acabado apenas de pronunciar estas palabras y ya rodeaban á aquel miserable una porción de jóvenes bien vestidos y armados de bastones, los cuales, después de vapulearle las espaldas de lo lindo, lo alzaron en alto gritando: *Este polizón se ha atrevido á espiar al ciudadano Tallien...* ¡*Al agua al soplón!* Y dicho y hecho, lo zambulleron en el estanque, donde le dejé pataleando y aullando como un energúmeno.

BILLAUD.

¡Esa es una hazaña de la juventud dorada!

TALLIEN.

Así debieron creerlo algunos jacobinos de garrote y gorro frigio que vagaban por las galerías, pues al retirarme yo, se trababa reñida pelea entre ellos y los remojadores del espía.

COLLOT.

Vas á pasar por el caudillo de la reacción...

TALLIEN.

¿Y por qué? ¿Porque he tratado á ese vil sabueso como merecía?

COLLOT.

Si era un agente de Robespierre...

TALLIEN.

Pues á eso vamos... ¿Qué interés puede tener Robespierre en espiarme? He estado siempre á su lado y no tiene amigo más sincero y entusiasta que yo. ¡Robespierre haciendo espiar á Tallien! ¡Imposible!

COLLOT.

No dices lo que sientes.

TALLIEN.

Dejadme en paz, vuestras sospechas son absurdas.

BILLAUD.

¿No sabes que va á pedir á la Convención que sea depurado el Comité de Salvación pública? ¿Ignoras lo que eso significa?

TALLIEN.

No lo ignoro. Significa que hay gente que le estorba. Pero yo no le estorbo.

COLLOT.

Tú eres uno de los designados.

TALLIEN.

¡Bah! Probádmelo.

COLLOT.

Qué más prueba que la vigilancia que se ejerce sobre ti? ¿Quién, á no ser Robespierre, se atrevería á espiar á un miembro del Comité?

TALLIEN.

Pues bien, no os lo quiero disimular: la incansable guillotina nos reclama. Esto no podía dejar de suceder un día ú otro. Hemos estado conjugando por espacio de tres años la voz activa del verbo matar y ahora nos toca conjugar la voz pasiva.

BILLAUD.

Seamos francos, Tallien. Estamos viendo tu juego y tu juego no es leal.

COLLOT.

Tú abrigas todavía la esperanza de poder entenderte con Robespierre.

TALLIEN.

(En voz baja.)

¿Y qué diablos queréis que haga? Sí, Collot, ese es con efecto mi propósito y debe ser también el vuestro si estimáis en algo vuestra cabeza. La partida que queréis jugar contra él es una partida desesperada. Aunque el rencor y la soberbia de ese hombre me tienen tan cansado como á vosotros, veo que no nos hallamos en condiciones de poder luchar con él. Todas las fuerzas de la revolución se hallan concentradas en su mano y nuestros esfuerzos se estrellarían en el terrible prestigio de su nom-

bre. Creedme, amigos, hoy es más fácil domesticar á la hiena que vencerla.

BILLAUD.

Yo no me humillaré jamás ante ese cobarde.

COLLOT.

Aunque quisiéramos intentar un acomodo, bien sabes que Maximiliano se ha hecho invisible y sólo aparece de cuando en cuando en los Jacobinos.

TALLIEN.

Hoy debe venir aquí. Saint Just y Couthon entran delante de mí y ya sabéis que son la sombra de Robespierre. Conviene que os decidáis. ¿Oís ese rumor? Él llega.

BILLAUD.

¿Lo anuncian ya los heraldos? Plaza á Maximiliano I, emperador de los descamisados.

COLLOT.

Billaud, no juegues tu vida inútilmente; ahora nos conviene disimular. Tallien, seguiremos tu consejo.

### Escena VIII.

COLLOT, BILLAUD Y TALLIEN. SALE POR LA DERECHA, ROBESPIERRE SEGUIDO DE DUMAS, VIVIER Y VARIOS MIEMBROS DEL CLUB DE LOS JACOBINOS.

(Collot, Billaud y Tallien, presencian retirados hacia la izquierda el diálogo entre Robespierre y los que le acompañan.)

ROBESPIERRE.

(A Dumas, con ira mal reprimida.)

¡Ah! ¿Esas tenemos, ciudadano Dumas? ¿Conque en tu Tribunal hay quien se atreve á burlarse de la justicia de la nación, por salvar la vida á un marqués octogenario y á una muñeca de la aristocracia? ¿Salimos ahora con que el Tribunal revolucionario es un nido de conspiradores? Pues te advierto que si no le limpiáis en esta misma tarde, la guillotina se encargará de barrerlo.

DUMAS.

(Con humildad.)

El Tribunal no se consolará nunca de haber provocado, aunque sin culpa suya, tu patriótica indignación. Por eso me ha confiado la misión de participarte, que no se pondrá el sol sin que sean descubiertos los malvados que han abusado de su confianza.

ROBESPIERRE.

Esas son palabras, ciudadano Dumas, y al Tribunal lo que le conviene, son obras. (Interrumpiendo á Dumas que quiere hablar.) Basta. Dile á Fouquier que me envíe á su secretario. (Volviéndose á Vivier.) ¿Qué hay de nuevo, ciudadano Vivier?

VIVIER.

El club de los jacobinos que se acaba de declarar en sesión permanente, me encarga prevenirte que veles por tu vida, porque tu vida pertenece á la patria.

BILLAUD.

(Aparte á Collot y á Tallien.)

Ahí tenéis á los cortesanos del nuevo Cromwell.

COLLOT.

Silencio, Billaud.

ROBESPIERRE.

Si hay malvados que me tienden asechanzas, es porque saben que he consagrando mi existencia á la salvación del pueblo. ¿Qué es lo que motiva vuestro patriótico mensaje, ciudadanos?

VIVIER.

Hace pocos momentos, en los pórticos del Palacio real, muchos patriotas han sido víctimas de una agresión audaz, por parte de la juventud dorada, al grito de ¡*mueran los terroristas!* Por fortuna la noticia llegó inmediatamente á oídos de nuestros amigos, que acaban de dispersar á esos viles satélites de la tiranía.

ROBESPIERRE.

¿Y no ha caído ninguno en vuestro poder?

VIVIER.

No, pero sabemos acerca del complot lo bastante para creernos en el deber de decirte: Robespierre, tus enemigos no se ocultan en los antros de los conspiradores. Si quieres dar con ellos, búscalos á tu lado en la Convención, en el Comité de Salvación pública, en todas partes.

ROBESPIERRE.

Los conozco muy bien, ciudadano Vivier.

COLLOT.

(Aparte á los otros.)

¿Véis qué mirada oblicua nos ha echado?

ROBESPIERRE.

Di á tus amigos, que yo estaré en mi puesto; que no abandonen ellos el suyo.

VIVIER.

Aunque tu austera virtud te incline á la clemencia, te advierto que el pueblo quiere que se haga justicia.

ROBESPIERRE.

Y por esta vez, se hará. Cuando el pueblo de París vigila, los malvados deben temblar. Podéis ir tranquilos; pronto iré á reunirlos con vosotros.

(Vanse Vivier y los jacobinos.)

C. SUÁREZ BRAVO.

(Se continuará.)

### CULTIVO Y APLICACIONES DEL RAMÍO



o podrá nunca negarse al pueblo catalán cualidades apreciabilísimas que lo colocan á gran altura. Su proverbial laboriosidad ha dado recientemente una gallarda muestra de su amor entrañable hacia la agricultura y la industria nacional, estudiando con la atención que el asunto requiere el cultivo y la explotación industrial del *Ramío*, importante planta textil, la cual ha empezado ya á cultivarse con gran éxito en Cataluña y en otras comarcas de España.

La Junta directiva del *Instituto de Fomento del Trabajo Nacional* en unión del *Instituto Agrícola Catalán de San Isidro*, atenta á cuanto pueda favorecer el desarrollo de la producción y de la riqueza en nuestra patria, ha comisionado al Sr. D. Ginés Vehil escriba una Memoria que trate con la debida extensión de tan importante materia, cuya notable Memoria acabamos de recibir acompañada de un atento B. L. M. del Sr. D. José Fernández Pujol, dignísimo presidente del *Instituto de Fomento*.

No escatimaremos nuestros plácemes á este importante trabajo, que revela en su autor grandes conocimientos é ilustración poco común.

Aunque por procedimientos algo atrasados, los chinos cultivan y explotan esta planta hace muchos siglos, exportando los tejidos á Europa como si fueran de seda, por más que sea ramío todo ó parte del hilo empleado en ellos.

La activa é industriosa Inglaterra fué la primera que tuvo noticia de esta planta, obteniendo beneficios resultados de las fibras que hilaron y tejieron, al propio tiempo que en sus posesiones de la India se ensayó con feliz éxito su cultivo por medio de raíces, tallos y semillas. Una dificultad ofrecía su explotación al descortezar la planta, pues los chinos efectuaban á mano esta operación. Intentóse en Inglaterra, aunque infructuosamente, inventar máquinas que descortezasen el tallo con perfección; pero, no obstante los premios cuantiosos ofrecidos al inventor, ninguna de las máquinas presentadas reunía las condiciones necesarias.

Las dificultades han sido últimamente vencidas en Francia, encontrándose al fin el medio práctico de separar, con perfecta exactitud, la fibra de la corteza, habiéndose conseguido que en tres años se hayan montado en la vecina República algunas fábricas para la hilatura del ramío.

Indiscutibles son las ventajas que ofrece á los agricultores esta planta, que con facilidad se desarrolla en todos los terrenos, con especialidad en los flojos, y en los que pueden darse ligeros riegos; algunas plantaciones se han hecho en París con fortuna.

Del ramío se conocen dos clases de planta: una tiene enteramente verdes las hojas; en la otra es verde la parte superior de las hojas y blanca la inferior: de ellas es siempre preferible la primera.

Se calcula en diez á quince años la vida de esta planta, siendo más prolongada en América, y en general en los países cálidos. La plenitud de su fuerza productora encuéntrase al cuarto año de su existencia.

Una circunstancia notable ofrece el cultivo de esta importante planta y es, que si bien ofrecen para el ramío mejores condiciones los climas templados, no impide esta circunstancia su explotación en países fríos, puesto que llega á resistir una temperatura de 16 grados bajo cero.

El ramío puede dar hasta tres cosechas ó cortes, y una sola en los países fríos. En las tierras que dan dos, puede calcularse que se sacan por hectárea 18.000 kilogramos de tallos secos de los que se extrae un 19 por 100 de fibra, que se vende á 125 francos los 100 kilogramos, dejando al agricultor un bene-



ficio líquido por hectárea de terreno de unas 1.000 pesetas libres de todo gasto é interés.

A las ventajas anteriores añádese otra, y es que para el cultivo y limpieza del ramío no se necesitan balsas ó charcas de agua, que en los cultivos del lino y cáñamo pueden perjudicar á la salud pública.

Varios agricultores españoles han ensayado la explotación de tan importante artículo, recordando, entre los de otras comarcas los de Mérida, Torroella de Montgrí, Orihuela y Granada, y en todas ellas el resultado ha sido próspero y benéfico.

## ETHNOGRAFÍA

LOS ZINCALIS Ó GITANOS

(Conclusión.)



VINCABASE la noche, levantábase un aircillo fresco con alguna niebla, que moderadamente humedecía la tierra, juntamente con mis pobres carnes sujetas á tantas desventuras. Acordábame de mi pobre celdilla y abundante refectorio, y que por lo menos á aquella hora ya habrían tañido á recogerse los frailes á dormir, pues habían de levantarse á maitines, y el estado en que entonces me hallaba era el descanso y sosiego para mí la muerte, remate y fin de todos los trabajos; esto consideraba, cuando oí al conde de mis contrarios que daba grandes voces con Isabel para que aderezase de cenar... A las voces que dió el legislador de aquella república, salió Isabel con media cabra, que según entendí después, la otra media se había comido por la mañana, hurtada, según su costumbre, del hato de unos pastores que cerca de allí estaban; y no reparando en si era montesina ó estaba manida, la puso en un asador de palo: y los unos y los otros, ayudando á traer leña, que la había en abundancia, hicieron maravillosa lumbre, alivio para mi desnudez y remedio para mi frío. Así se la cabra con brevedad, y sin buscar apetitosas salsas, en unos platos de madera fueron partiendo la carne los que servían de trinchantes: todos al rededor de una sábana, que sirvió en el suelo de manteles. La noche era oscura, mas no faltaba luz, por ser la lumbre del fuego bastante para alumbrar tres veces más gente que allí había. Viendo que cenaban, apartéme á un lado por no ser convidado de por fuerza, cuando una de las gitanas, tomando del plato unas dos costillas, me llamó diciendo: que tomase aquel poco de carne y pan, siquiera porque no pudiese decir mal provecho os haga. Agradecí el presente, que para decir verdad, como había entrado su calor de la vecindad de la lumbre, ya se iba picando mi molinillo, y dándome fatiga la hambre, eché el diente á mis costillas, y con tener buena dentadura no pude hacer mella, ni aun la pudiera quebrantar el mejor lebril de Irlanda, según estaban de duras; y mis compañeros, no reparando en galas, comían de su cabra ó cabrón, como si fuera de una bien manida y gruesa gallina: y de cuando en cuando empinaban un cántaro de agua, porque vino no se usaba en aquella compañía, ni debía de llegar á tanto el gasto. Mirábelos yo, y alababa al Señor, viendo que lo que yo no podía comer era tan sabroso y agradable para aquella pobre gente; y que no echaban menos los regalados manjares de los palacios de los Monarcas y Príncipes del mundo; demás que con ser aquella una comida tan grosera y á tal hora, y la bebida no vino, sino agua salobre, desabrida, bastante tal sustento para que el más robusto animal reventase, así los viejos como las mujeres y niños estaban fuertes con unos colores de rostro y vigor, con todas sus acciones, como si verdaderamente estuvieran de ordinario mirando por su salud con particular vigilancia y cuidado, ó tuvieran delante de sus ojos para cada comida el *de victus ratione* ó el *regimen salernitano*: echaba de ver ser verdadero el dicho del filósofo que dice: que naturaleza con poco se contenta: *natura parvo contenta est*, y lo que decía Diógenes, que si él tuviera pan y agua continuamente, que compitiera con los dioses en felicidad y riquezas. Tardaron los hermanos gitanos una larga hora en su cena; y la mía fué tan breve, que no fué vista ni oída, por no haber sido más de pan; porque aunque me convidaron á beber, no me atreví á probarlo, mirando por el individuo, sabiendo que el agua me había de dar algún dolor de tripas con su demasiada frialdad y no estar yo acostumbrado á beberla sin un poco de vino. Era ya más de media noche, cuando los compañeros se comenzaron á recoger: de ellos, arrimados á unos pinos, y otros sobre un poquillo de hato que allí tenían: yo que me veía cercado de tantas y tan varias imaginaciones, servía de vigilante centinela, acudiendo á la lumbre y añadiéndola muy á menudo nueva

materia, porque no se acabase, y sin su calor llegase yo á las puertas de la muerte. En este ejercicio estuve ocupado más de cinco horas hasta que llegó la mañana, tan perezosa en dar luz, como de mí estaba deseada. Comenzó el aurora á derramar su aljófara, como si allí estuviera su simplón amante que hubiera de tener compasión de su llanto; entonces yo, algo más consolado, viendo que se ausentaban las tinieblas, y que sobre el común azul se iban matizando algunos colores, busqué con qué cubrir mis remojadas carnes, deparándome Dios unos pellejos de carnero, que vueltos lana para dentro con unas soguillas me fui liando al cuerpo; de modo que podía pasar entre los que no me conocían por uno de los mas recoletos anacoretas ó por un San Onofre. Ya rayaba el sol los montes más humildes, cuando aquellos bárbaros fueron despertando, porque del modo que durmieron, entre algodón y cubiertos con finísimas mantas, no les pudiera durar más el sueño. Providencia divina, que con no dejar poco ó mucho de llover más de once horas, y estar todos sin cosa que pudiese darles algún amparo y defensa contra la inclemencia del frío, como si estuvieran en camas de campo, así estuvieron con tanta quietud y sosiego: verdad es que la costumbre en ellos ha hecho naturaleza, y sacarlos de semejante trato de vivir era quitarles la vida. Viéndome hecho un retrato del precursor Bautista, descubiertos los brazos y piernas, se comenzaron á reír de mí cuantos me murmuraban, alabando mi industria; pues acomodándome con las cosas, daba muestra de la habilidad que tenía. Mas de poco me pudo servir, porque una de las gitanas, dando muchos gritos y amenazándome con algunas afrentosas palabras, me pidió que al punto me quitase mi nuevo vestido, porque aquel era el hato en que ella solía dormir, sirviéndola aquellas pieles de mullidos colchones. Vi que tenía razón, por haberme hecho dueño de hacienda ajena: despojéme al punto de aquel disfraz, quedando, como antes, en pelota. Dos días estuve de aquella suerte, y muchos más fueran á no acertar á morir en aquella ocasión un gitano, que por estar muy enfermo y demasiado viejo vino á pagar su acostumbrada deuda, á que se condenó en el punto de su nacimiento, siendo el primero que dió principio á morir naturalmente.

*Cura.* ¿Qué es lo que dice, hermano, la muerte púdesse evitar? ¿no es forzoso el morir á todo viviente?

*Alonso.* Sí, señor, obligados están los hombres á esta forzosa deuda después del pecado de nuestro primer padre; pero, señor, esta gente *non sancta* muere en la horca lo más ordinario, y cuando de allí escapa, es su sepultura la mar, por haber tenido por su habitación y morada las galeras. Ver el entierro y funerales exequias que sus mayores amigos hicieron á aquel pobre difunto, le prometo á usted, señor licenciado, que era de no pequeña consideración; en parte para lastimarse, y por otra de mucha risa, viendo tan locas ceremonias y bárbaros ritos, tan guardados en semejantes ocasiones. Dos mozos hicieron un gran hoyo ó sepultura, donde dejaron metido, aunque descubierto, el cuerpo difunto, echando con él algunos panes y poca moneda, como si para el camino del otro mundo lo hubiera menester. Luégo de dos en dos iban las gitanas, tendidos sus cabellos, arañando su rostro, y la que más ensangrentadas sacaba las uñas, á su parecer cumplía mejor con su oficio. A la postre iban los hombres llamando á los Santos y principalmente al divino Bautista, con quien ellos tienen particular devoción, pidiéndole á gritos, como si fuera sordo, que socorriese al difunto, y le alcanzase perdón de sus culpas. Roncos ya de dar voces iban á echarle tierra; pero yo les rogué se detuviesen un poco mientras les decía dos palabras. Otorgóse mi petición; y con la mayor humildad que pude, les dije semejantes razones: Este vuestro compañero es ya ido á gozar de Dios, que de su buena vida y muerte eso se puede esperar. Hase cumplido con vuestra obligación, así en encomendarle al Señor, como en darle sepultura á su cuerpo, el cual que se entierre vestido ó desnudo hace poco al caso, y á mí con lo que se ha de comer la tierra me podéis remediar, dándome licencia, ya que me quitasteis lo poco que traía, para que le desnude y me ponga sus vestidos, que si lo hacéis, remediais mi pobreza y desnudez, poniéndome en obligación para que siempre me acuerde de este bien logrado en todas mis ocasiones.

Parecióles bien á todos lo que les dije, que no fué poco entre tantos no haber quien lo contradijese. Mandáronme que le desnudase, y yo obedeciendo le quité al muerto el vestido que tenía, con que cubrí mis carnes, quedando en el traje, aunque no en la condición y costumbres, como cualquiera de mis gitanos. El cuerpo volví á la sepultura, y cubierto de tierra, le dejé hasta el día del juicio, que salga á dar cuenta como cada uno de nosotros.

Al tomar posesión del trono de España Carlos V trajo consigo gran séquito de extranjeros, la mayor parte flamencos, cuya insolencia y rapacidad pronto ofendieron el orgullo castellano, y el mismo Monarca, joven pero atormentado de una vasta ambición y pensando ya en el imperio, parecía que reputaba á sus vasallos de la Península muy dichosos de costearle los gastos de su elección. No fué, pues, poco su pasmo cuando vió la oposición de las Cortes al tratarse de la votación de los impuestos; bien que, como le urgía reunirse á los electores germánicos, dejó para después su venganza, y partió aceleradamente para Worms. A sus ministros, pues, cúpoles el cuidado de atajar la rebelión de los comuneros, los cuales, sea dicho de paso, formaban una liga que abrazaba todos los intereses castellanos, y que por mucho tiempo mantuvo reunidos á nobles y clérigos, á ciudadanos y plebeyos, á ciudades y aldeas. Pusieronse á su cabeza héroes y patriotas sinceros; al paso que peleaban como buenos caballeros, redactaron una carta más liberal y constitucional que cuantas hoy en día rigen en las monarquías representativas de Europa. Quizás no faltaban quienes, en el fondo de su corazón, deseaban más de lo contenido en la carta, la cual, sin excluir al trono, quería que fuese enteramente nacional, é imponía al rey que eligiese entre la corona de España y la de Alemania. Tal vez esperaban éstos alcanzar una república federativa; y en verdad no hubiese dejado de despertar simpatías en Europa una república fundada y presidida por D. Juan de Padilla, caballero valiente como el Cid y honrado como Washington. Pero no todos los nobles, jefes de los comuneros eran tan desinteresados como Padilla, ni todos los eclesiásticos tenían la energía y perseverancia del Obispo de Zamora, que es otra de las grandes figuras de aquella época. Nobles y eclesiásticos, temieron el resultado, é hicieron alto: la intriga y el oro de los ministros de Carlos repararon las derrotas que habían sufrido sus soldados extranjeros; no faltaron traidores y envidiosos que sembrasen la discordia; algunos jefes desertaron; y muchos eclesiásticos, que antes habían predicado la revuelta, subieron otra vez al púlpito á predicar la palinodia. Así cuando en los campos de Villalar vinieron á las manos ambos partidos, fué vencida aquella causa; y presos sus capitanes después de hacer prodigios de valor, entregaron sus cabezas al verdugo. Sandoval y posteriormente Robertson ya han publicado la carta en que D. Juan de Padilla se despidió de su esposa. Aquel héroe murió de un modo digno de los sentimientos en que aquel billete sublime rebosa: como su compañero de gloria y de infortunio, Juan Bravo, pidiere al verdugo que le decapitase primero que á su jefe: «para que no tenga, decía, el dolor de ver matar al mejor caballero de Castilla.» Padilla le contestó: «Vamos, afuera niñerías, Juan Bravo; ayer debíamos combatir como caballeros; pero hoy nuestro deber es morir como cristianos!»

Su esposa doña María Pacheco también abrazó la causa de los comuneros con aquel desprendimiento y entusiasmo, que de tanta poesía revisten al patriotismo de la mujer; y sus enemigos, no atreviéndose á calumniar el desinterés del marido, acusaron á ella de que le había perdido con sus secretas miras ambiciosas. Según Guevara, *Epistolae familiares*, habíanle pronosticado que llegaría á ser reina, y este era el motivo de sus virtudes, de su valor y de su energía: singular acusación, que harto desmentida queda con la conducta de doña María después de la jornada de Villalar. Al saber tamaña catástrofe, que tan funestamente desbarataba todos los planes que su ambición hubiese formado, cualquiera otra mujer se hubiera dejado llevar de la desesperación más profunda; mas la esposa de Padilla, al paso que deploró la desventura de Castilla y la suya propia, no desconfió de reunir los últimos defensores de los derechos del pueblo español; esperó que la sangre de los mártires patriotas traería numerosos vengadores; y organizó la resistencia de Toledo, mandando á la guarnición como un capitán, y llamando á las armas á todos los leales castellanos. Tal era el entusiasmo de Toledo, que gustosa se hubiera dejado asolar antes que rendirse, á quererlo doña María; pero aquella mujer, *loca* según Guevara, al ver ya sometidas las demás ciudades, no consintió que se prolongase un sitio inútil. Amaba á Toledo, dice la historia, tanto como á la libertad, y no pudo dar cabida á la idea de su destrucción; y sin querer aprovecharse de una capitulación que reputaba necesaria y que por lo mismo proponía á los vencidos, salió secretamente de la plaza con su hijo, y desapareció sin saber positivamente su paradero.

Las tradiciones de los gitanos, empero, explican semejante misterio: habíanle pronosticado á doña María que sería reina; y en sus *Epistolae familiares* Guevara le escribía: *Sabido es, señora, que tenéis con*



vos una hechicera, que os prometió se os llamara en breve alta y poderosa señora, y á vuestro marido Alteza. La hechicera era una gitana; pues que en una de las baladas tradicionales de aquella raza hay estas palabras: *Yo daré uno de esos quesos mágicos á María Padilla y á los suyos*. Esta María no puede ser la primera María de Padilla, mujer ó concubina del rey D. Pedro, porque en el reinado de éste todavía no estaban los gitanos en España. Parece que doña María Pacheco ó Padilla, pues con uno y otro apellido se la designa, se escapó de Toledo disfrazada de gitana, con su hechicera, la cual hacía tiempo que la acompañaba, y la traía engañada con las apariencias, si ya no con las adulaciones de su páfida amistad. Esta le persuadió que los gitanos de su tribu la trasladarían á Portugal con el menor de sus hijos, oro y joyas suyas; en efecto, los gitanos la aguardaban en el monte, pero para apoderarse del oro y de las joyas asesinaron á la madre y al hijo.

Si es cierta esa tradición española, jamás cometieron los gitanos acción alguna tan odiosa; y desgraciadamente los versos mágicos citados vienen en apoyo de aquella acusación.

Otro crimen hay, que no podemos negar absolutamente: *Los gitanos son muy malos; llevan niños hurtados á Berbería*. Parece harto evidente que después de la expulsión de los moros de España, los gitanos mantuvieron continuas relaciones con los sarracenos del Africa. Como no tenían más apego á unos que á otros, sin duda debieron de vender niños españoles á los berberiscos, ni más ni menos como hubieran vendido niños berberiscos á los españoles, si éstos hubiesen querido comprarlos; y por sus relaciones con los piratas, frecuentemente les servirían de espías, cuando aquéllos proyectaban algún desembarco en España. Por esto debieron de ser considerados más bien moros que cristianos; y por lo mismo no desmentiré yo la anécdota de Quiñones, que trae: que, cuando el sitio de Zamora, habiendo dos galeras españolas encallado en un arrecife de la costa de Africa, los moros, al paso que cautivaron á la tripulación cristiana, dieron libertad á los sarracenos que iban de remeros, y trataron como á una raza amiga á cuantos gitanos se hallaban en ambas embarcaciones.

## CONOCIMIENTOS ÚTILES

**Coloración y barnizado de las maderas.** — He aquí algunas composiciones por las cuales se puede dar á nuestras maderas indígenas el aspecto y los colores hermosos de las exóticas.

**Caoba clara con reflejo dorado.** — Infusión de palo del Brasil, sobre el sicomoro y el arce común. Infusión de rubia sobre el sicomoro y el tilo.

**Caoba rojo-claro.** — Infusión de palo del Brasil sobre el nogal; achiote y potasa sobre el sicomoro.

**Caoba oscura.** — Decocción de palo del Brasil y rubia, sobre la acacia y chopo. Disolución de gutagamba sobre el castaño viejo, y disolución de azafrán sobre el castaño joven.

**Madera de color de limón.** — Gutagamba disuelta en esencia de trementina sobre el sicomoro.

**Madera amarilla.** — Infusión de cúrcuma sobre el haya, tilo y álamo blanco.

**Madera amarilla lustrosa.** — Infusión de cúrcuma sobre el arce.

**Madera de color anaranjado.** — Infusión de cúrcuma y muriato de estaño sobre el tilo.

**Madera de color anaranjado lustroso subido.** — Disolución de gutagamba, ó infusión de azafrán sobre el peral.

**Madera de palo santo.** — Decocción de rubia sobre el plátano; disolución de gutagamba ó azafrán sobre el olmo.

**Madera oscura vetada.** — Infusión de rubia sobre el plátano, el sicomoro y el tilo en un baño de acetato de plomo.

**Madera verde vetada.** — Infusión de rubia sobre el plátano, sicomoro y haya, con un baño de ácido sulfúrico.

**Maderas negras.** — Decocción muy fuerte de

campeche sobre el haya, tilo, plátano y arce, alterando la madera teñida con una capa de acetato de cobre.

Antes de dar el color deben alisarse bien las maderas con piedra pómez. Si se trata de chapas ó maderas delgadas, se sumergen éstas enteramente en el tinte. Antes de dar los colores es bueno tenerlas veinticuatro horas en una estufa á la temperatura de 30°, para abrir sus poros y evaporar la humedad que puedan contener.

Las maderas deben hacerse hervir en el tinte hasta que éste las penetre en cinco ó seis milíme-



DOCTOR LUIS WINTHORST,  
Jefe del Centro católico alemán.

tros, y si esto no se puede hacer, se aplica el tinte hirviendo con un pincel suave, dando cuatro ó cinco capas sucesivas, esperando que se seque una antes de dar la otra.

Cualquiera que sea el color que se haya dado á la madera, siempre quedará empañado si no se cubre con una capa de barniz. El mejor de todos los barnices es el siguiente:

Sandaraca.....	4 hectogramos.
Mastic en lágrima.....	2 —
Goma laca amarilla.....	4 —
Alcohol de 36° á 40°.....	3 1/2 litros.

Se trituran las resinas y se procede á su disolución, agitándolas de continuo sin auxilio del calor. Cuando las maderas son muy porosas, se añaden al barniz dos hectogramos de trementina. Con objeto de dividir más las resinas, y para que presenten mayor superficie al alcohol, se mezcla con ellas un peso igual de vidrio molido.

Antes de aplicar el barniz, se embebe ligeramente la madera con un poco de aceite de linaza frotándola en seguida con la vieja para quitarle el aceite excedente. Puede emplearse para el uso papel de estraza ó aserraduras de madera finamente tamizadas. Se empapa en seguida el barniz en el lienzo hasta que esté casi seco. Se embebe de nuevo y se continúa del mismo modo hasta que los poros de la madera queden cubiertos, pero no debe mojarse demasiado el lienzo, ni ha de frotarse muy fuerte al principio. Cuando se observa que el barniz se encoge, se pone con el dedo una gotita de aceite de oliva, que se extiende bien sobre la muñeca. Se pone después un poco de alcohol en un pedazo de lienzo limpio, y se frota con mucha suavidad sobre la madera barnizada; pero á medida que el lienzo y el barniz se seca, se frota más fuerte hasta que la madera vaya tomando un bello pulimento y un brillo vivo. Dos ó tres capas de barniz bastan para las maderas que no son muy porosas.

## MISCELÁNEA

Dichos notables de Santo Tomás de Aquino:

«Quien no quiere sufrir, muy cerca está de caer.»

«Pobreza sin paciencia, es corta sin ganancia.»

«Religioso sin oración, soldado sin armas.»

«Dos cosas hay que no comprendo: primera, cómo un hombre en pecado mortal puede reírse y alegrarse; segunda, cómo un religioso piensa en otra cosa que en Dios.»

«La acción del Señor es como el sol, que á todos alumbra y no á todos aprovecha.»

Quejándosele unas señoras de Nápoles por qué aborrecía tanto á las mujeres habiendo nacido de ellas, contestó: «Huyo de todas, porque nací de una.»

A otro que murmuraba de él diciéndole que engañaba con su sabiduría, pues no era tanta como pensaban, replicó: «Por eso estudio siempre, porque no se engañen tanto.»

Preguntándole antes de morir los monjes de Fosanova qué recuerdo pensaba dejarles, contestó: «A mí mismo.»

Preguntándole una hermana cómo se podía salvar, contestó: «Queriendo.»

Preguntándole otra vez qué cosa debía desearse más en esta vida, dijo: «Morir bien.»

Estando para morir, preguntáronle los monjes cómo podían pasar la vida sin errar, y él respondió: «Si en todas vuestras acciones podéis dar razón de por qué las hacéis.»

Preguntándole cómo se conocería que un hombre es perfecto, dijo: «Quien en su conversación habla de niñerías y jocosidades; quien anda con deseo de honra ó en busca de alabanzas; quien huye de ser tenido en poco y le pesa si lo es, aunque haga maravillas no le tengáis por perfecto.»

Preguntado qué cosa le daba más alegría en la tierra, respondió: «Entender cuanto leo.»

¿Y cómo podrá ser un hombre muy docto? «Leyendo sólo un libro.»

## ADVERTENCIAS

Rogamos á los señores suscritores que se hallen atrasados en el pago de sus suscripciones, que nos envíen lo antes posible lo que adeudan á esta Administración, pues se trata de intereses de pobres huérfanos á los cuales perjudica considerablemente el atraso en el cobro de las suscripciones vencidas.

Algunos señores suscritores nos piden, como en años anteriores, tapas para la encuadernación de los tomos del periódico. Hemos calculado este asunto, y para que pueda tener cuenta á los suscritores y á la empresa, conviene hacer de una vez lo menos ciento.

Las tapas serán elegantísimas, en tela, con estampaciones en negro y oro, y servirán para uno ó dos tomos. Su coste será 20 reales. A fin de calcular la tirada que ha de hacerse, pueden los señores suscritores que las deseen hacer los pedidos desde luego, y en su día se les avisará el envío, si, como esperamos, el pedido llega á ciento y pueden fabricarse. Creemos inútil añadir que las tapas serán obra de los talleres de encuadernación del Asilo.

No se servirán reclamaciones gratis por faltas del periódico, que no se hagan en el plazo de dos meses. Después costará dos reales el número.